EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

LA SENDA DE ESPINAS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO.



Punto de venta en Madrid, libreria de D. J. Cuesta.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!
Antes que te cases.

Cada cual ama á su modo.
Cabrion y Pipelet, ó las desgracias de un portero.

Disfraces, sustos y enredos...
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De cocinero á ministro.
Dieguiyo pata de anafe.
¡Dos maridos! ¡qué ventura!
Delirium tremens.

El chal de Cachemira.
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El héroe de Bailen.
El suplicio de Tántalo.
El 24 de Febrero.
El cadete.
El amor por la ventana.
El destino.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
En Aranjuez y en Madrid.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El amigo del Ministro.
El charlatanismo.
En el dote está el busilis.
Es un loco.
El arte de hacerse amar.
En paños menores.
El novio al óleo.
El tio Martin ó la honradez.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La herencia de un poeta.
La última noche de Camoens
La voz de las Provincias.
La carta perdida.
Los quid pro quos.

Lluvias de estío.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.
Moreno y ojos azules.

¡¡¡No es la Reina!!!

Paulina.
Piensa mal y errarás.
Por un reló y un sombrero.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.
Una tempestad dentro de un vaso de agua.
Una comedia en un acto.
Una idea feliz.
Un anuncio en el Diario.
Viaje sentimental.

En dos actos.

Castor y Polux.

Dimas el titiritero.

El pilluelo de Paris (*Segunda parte*).
El orgullo castigado.

La última conquista.
La codicia rompe el saco.
Los hijos de su madre.

Una conversion en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.
Amante, rival y paje.
A público agravio, pública venganza.
Adriana Lecouvreu.
Amarguras de la vida.
Antes y despues.
Avaricia y despilfarro.

Cocinero y capitan.
Cárlos VII entre sus vasallos.

Celos, despecho y amor
Conde, ministro y lacay
Corona y tumba, ó el r
Sigerico.

Duda en el alma, ó el e
de Córdoba.
Dalila.
Don Lope de Vega Carp
Don Alonso el Sabio.

Entre bobos anda el jue
El gran duque.
El pacto de sangre.
El velo de encaje.
El ángel de la casa.
El primo y el relicario.
El árbol torcido.
El conde de Selmar.
El collar de perlas.
El arenal de Sevilla.
El caballero de Harmen
El cardenal es el Rey.
El castellano de Tamari
El castillo del diablo.
El conde de Monte-Crist
mera parte.)
El conde de Monte-Cri
gunda parte.)
El conde de Herman.
El correo de Lion, ó el
la silla de postas.
El escudo de Barcelona.
El hijo del diablo.
El juego de ajedrez.
El sacrificio de una mad
El sereno de Glukstadt.
El subterráneo del castill
El génio contra el poder
chiller de Salamanca.
El mejor alcalde el Rey.
El libro negro.
El judío errante.
En el crimen va el cast
condesa de Portugal.
En 1330.
El difunto Leonardo.
El molino de la ermita.
El corazon de un adre.
Eugenia.
Eulalia.
En la cara está la edad.
El tio Martin, ó la hon



LA SENDA DE ESPINAS.

LA SENDA DE ESPINAS.

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON ANTONIO FERRER DEL RIO,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Estrenado el 26 de abril en el teatro del Príncipe á beneficio del primer actor D. José Valero.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1859.

AL EXMO. SR. D. JOSÉ MANUEL COLLADO,

En débil muestra de amistad respetuosa,

Antonio Ferrer del Rio.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA MARIA DE PORTUGAL, viuda de D. Alfonso XI.	SRA. PALMA.
DOÑA MARIA DE PADILLA.	SRA. VALENTINI.
DOÑA ISABEL DE MENESES.	STA. VALERO.
UNA MUJER DEL PUEBLO.	SRA. PRADA.
DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE.......	SR. VALERO.
RUI DIAZ CABEZA DE VACA	SR. PIZARROSO.
EL REY DON PEDRO.....	SR. OSSORIO.
PEDRO LOPEZ DE AYALA.	SR. CHAS DE LAMOTTE.
FRAI DIEGO LOPEZ DE RIVADENEIRA, franciscano.	SR. SUNYÉ.
MAESE PABLO...........	SR. MARIO.
DON ENRIQUE DE TRASTAMARA...............	SR. OLONA.
FRAI JUAN, lego de la órden de San Benito...........	SR. BENEDÍ.
SIMUEL LEVÍ............	
UN DONCEL.............	
UN ALFÉREZ............	
UN LEÑADOR............	
ESCUDERO 1.º...........	
ESCUDERO 2.º...........	
ESCUDERO 3.º...........	

Damas, Ricos-hombres, donceles, escuderos, hombres de armas, religiosos de la órden de Sto. Domingo.

La accion comienza en junio de 1353 y acaba en octubre de 1354; pasando el primer acto en Valladolid; el segundo á orillas del Caya, entre Badajoz y Yelbes; el tercero en Medina del Campó, y el epílogo en Toro.

ACTO PRIMERO.

Salon gótico y suntuoso: dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda: de aquellas se supone que una dá entrada al aposento del rey D. Pedro, y otra al de Doña Blanca, su esposa; de estas, que una conduce al de la reina viuda, y otra es de salida: un gran balcon abierto en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

AYALA, RUI DIAZ.

AYALA. Hablo como fiel cronista,
y aunque forjára lisonjas,
nunca el señor de Alburquerque
las oyera de mi boca.
RUI D. Sirviéndole desde niño,
su crédito me alboroza,
mucho más si lo publica
discurso de mente docta
cual la de Lopez de Ayala.
AYALA. Su capacidad notoria,
buen Rui Diaz, se divulga
con el suceso de monta,
que Valladolid celebra
y aplaude Castilla toda.
Ya al tálamo real don Pedro

eleva á la lis hermosa,
lis por el nombre de Blanca,
y la estirpe, y el aroma
de candor, que se respira
en torno de su persona:
ya viven los dos en uno,
y tras civiles discordias,
iris de paz ilumina,
gracias á Dios, nueva aurora.

RUI D. A mi señor de ese enlace
se debe la insigne gloria,
y codicia el bien del reino
por galardon.

AYALA. Se le logra.
Tres años van desque ciñe
la castellana corona
don Pedro, y víctimas altas
ha sepultado en la fosa,
no solo justicia recta,
sino venganza traidora.
Apenas terrible maza
á Garcilaso derroca
por sus desmanes en Burgos,
ya Coronel se alborota
dentro de Aguilar, y aun hace
su rebelion caso de honra,
hasta que acero temido
sin existencia le postra;
á la par otros magnates
cayeron tambien, y ahora
sus más amigos y deudos
aquí vienen á las bodas,
sin la altivez del que insulta,
ni la saña de quien odia.

RUI D. Ahí tocareis las ventajas
de obrar con misericordia.

AYALA. Otras llagas cicatriza,
don Juan Alfonso, mas hondas.
Despues que la reina viuda
cruel á vengar se arroja
con su ascendiente de madre
sus pesadumbres de esposa,

é impulsa el brazo que hiere
á la Guzman, triste y sola,
desde que su régio amante
al fallecer la abandona;
hoy don Enrique y don Tello,
hijos de aquella señora,
mansos estrechan las manos
que de su sangre están rojas.

RUI D. Todo el pueblo los ha visto
á la santa ceremonia
concurrir, y á los torneos
y á las justas con que goza.

AYALA. Entre los reyes vecinos
y el de Castilla hay concordia:
mucho el portugués le obsequia
y como abuelo se porta;
ufanísimo el navarro
de amigo suyo blasona;
del de Aragon la madrastra,
Doña Leonor, aquí mora
con sus dos gallardos hijos,
uno el marqués de Tortosa
y otro don Juan, sin que inspire
á su entenado zozobras;
¡ojalá de la fortuna
á la rueda voladora
detenga el curso Alburquerque;
y así verídica historia
por fénix de los privados
le cite y le reconozca!

RUI D. Desapasionado juicio
para escribirla os adorna,
pues sofocais en el alma
trascendentales congojas
al bosquejar del retrato
de mi señor digna copia.
¡Miradle aquí! ¿No os parece
que el júbilo le remoza?
(Señalando á la puerta de salida.)

ESCENA II.

AYALA, RUI DIAZ, ALBURQUERQUE.

ALBURQ. Muy retirado andais, Lopez de Ayala,
mientras compite la mejor nobleza
en apostura y gala;
vos, que dechado sois de gentileza,
y á fuertes justadores
diestro vencisteis en honroso paso,
y á bellas damas prodigais las flores,
que os brindan los pensiles del Parnaso.
AYALA. Ya la de mis amores
no es sol de aurora, sino luz de ocaso.
De sobra lo sabeis.
ALBURQ. ¿Cómo?
AYALA. Sí; un dia
su abrigo maternal fué vuestra esposa:
á su lado crecia
como lozana rosa,
cuyo tallo humedece
cristalino raudal, y en blando arrullo
al soplo de los céfiros se mece;
siendo todo mi orgullo,
del verjel apartado
la trasplantasteis al abierto prado;
y allí por vuestra culpa se marchita
su pétalo de púrpura y de plata,
y el huracan la agita,
Y asolador torrente la arrebata...
¿aún se os oculta mi feroz tormento?
RUI D. No así lo encrudezcais.
AYALA. Beldad sencilla
tierna escuchaba mi amoroso acento.
ALBURQ. Acabad; la Padilla.
Los ojos fijó el rey en su hermosura.
AYALA. Por arte vuestro fué.
RUI D. ¡Callad!
ALBURQ. Me humilla
esa reconvencion amarga y dura;
pero la mancha del pecado mio

lavar anhelo, y por favor ansío
toda ocasion de merecer. Si llama
voraz encendió el pecho
del rey fogoso: si la honesta dama,
guiada á la virtud bajo mi techo,
se hubo al fin de abrasar, ¿quién, insensato,
pábulo fué de de la pasion ardiente
sino yo?

RUI D. A la inocente
casta doncella el virginal recato
más que afanosa vigilancia escuda.

ALBURQ. Nada, Rui Diaz, á excusarme alcanza
de formar ese vínculo en mi ayuda,
por mucho que dedique la privanza
al bien comun.

AYALA. Y mereceis respeto,
procurándolo siempre con fortuna.
De don Dionís de Portugal sois nieto,
y por la extraña cuna
aún os tilda el rumor de voces vanas:
con sangre juvenil glorias tempranas
aquí ganasteis y laurel florido;
aquí os nacieron las maduras canas,
y vuestra patria es esta. Por valido
os tuvo el rey desde su infancia mústia,
cuando apuraba don Alfonso Onceno
en aúreo cáliz el letal veneno
de torpe amor, y solitaria angustia
á su esposa oprimia luengos años.

RUI D. De sobresalto, y riesgo, y sacrificio,
y de inclementes daños,
pasólos mi señor, siendo el servicio
de la reina y el príncipe su norte.

ALBURQ. ¡Calla, Rui Diaz, calla!

RUI D. Lejos de los deleites de la corte...

ALBURQ. Estarme quieto sin vestir la malla,
verme distante del marcial convite,
era el pesar de mi ambicion potente,
sin que interés ó vanidad la excite.

RUI D. De prosapia venís resplandeciente,
y lo que se os libraba de costumbre
ahora tomais; vuestro caudal manejo

y lo sé por seguro.

ALBURQ. Desde que piso del poder la cumbre
y es ley del soberano mi consejo,
nada quise adquirir, solo procuro
que ponga fin á la mejor empresa.
Los disturbios se tornan regocijos;
el real amor á la Padilla cesa;
de sus mágicos brazos en Torrijos
saqué á don Pedro, y enardece mi alma
casi tocar la floreciente palma,
blanco de mi teson, luz de mi gloria,
símbolo excelso de inmortal victoria.

AYALA. Verdad os hablo; con mis ánsias lucho,
vos las ocasionasteis, y un abismo
no son entre los dos, pues os escucho
y me siento capaz de alto heroismo.

RUI D. ¡Bien, bien, Lopez de Ayala!

ALBURQ. Seis centurias
España cuenta de marcial trabajo;
por su fé y libertad se alzó en Asturias;
las márgenes del Duero, las del Tajo,
las del Guadalquivir, sus campeones
dominaron jornada tras jornada
con la sangre de cien generaciones,
y aún tremolan alárabes pendones
y se elevan mezquitas en Granada.
Tolerarlo ya más fuera desdoro
indigno del valor perseverante
y manantial de sempiterno lloro;
¡tiempo es en fin de que la cruz triunfante
nuestro brazo levante
sobre las ruinas del imperio moro!

AYALA. ¡Sí es tiempo, sí, don Juan Alfonso! El grito
de Dios y Patria férvido resuene,
y en instante bendito
la fértil vega del Genil atruene!

ALBURQ. Será por dicha la postrer campaña,
y entre el fragor que al musulman confunda,
vereis cuál huella España
rota en pedazos la fatal coyunda.

RUI D. Matárame el placer de tal noticia
si la callase. ¡A divulgarla vuelo!

AYALA. Yo tambien; fomentemos la delicia,
que todos gozan por merced del cielo.
RUI D. Sabrá la muchedumbre quién sus males
inveterados cuidadoso acaba.
ALBURQ. Eso jamás, que entre vasallos leales
por los bienes al príncipe se alaba.
(Vánse por la puerta de salida.)

ESCENA III.

ALBURQUERQUE, el rey D. PEDRO, D. ENRIQUE.

PEDRO. (A la puerta de su cámara y en tono vehemente dice los cuatro primeros versos á Simuel Leví, quien sale presuroso á cumplir lo que se le manda: se ha de notar afectacion mal disimulada por parte del rey durante la escena toda.)
(¡Pronto, Simuel, los bridones
y las viandas apresta!
me aburre yá tanta fiesta,
y estoy harto de ficciones.)
ALBURQ Señor...
PEDRO. Al fin os encuentro,
don Juan Alfonso.
ALBURQ. Me honrais.
PEDRO. Cuando á mi lado no estais
me hallo fuera de mi centro.
ALBURQ. Sumiso os beso las manos.
PEDRO. Mucho valeis; ya sin odio,
os dicen mi ángel custodio
hasta mis propios hermanos.
ENRIQUE. Sí, porque la saña ciega
ahogamos en feliz hora,
y la razon bienhechora
nuestra voluntad sosiega.
PEDRO. Tú, Enrique, y Tello asonados
faltasteis á mi respeto;
Fadrique se estuvo quieto
con sus freires denodados.
ALBURQ. Señor, no deis al olvido
que Dios con el inocente
iguala al que se arrepiente.

PEDRO. Siempre sereis mi valido.
Vos me libertais de engaños.
ENRIQUE. Te consagra su experiencia.
PEDRO. Y me hace amar la clemencia.
ENRIQUE. Y no le pesan los años.
ALBURQ. Ya voy sintiéndome viejo
y pensando en el retiro.
PEDRO. Con vuestro último suspiro
dareisme el postrer consejo.
ALBURQ. Uno solo es ya la ofrenda
que os rinde mi amor profundo;
¡sed admiracion del mundo!
PEDRO. Indicadme vos la senda.
ALBURQ. Vuestro valor maravilla;
demostrad ánsia de gloria,
y con himnos de victoria
os responderá Castilla.
Vibrad la espada cual rayo
de Dios, y en fiero combate
poned dichoso remate
á la empresa de Pelayo.
PEDRO. Porque deslumbra mi fama,
¿quién como vos se desvela?
ALBURQ. Mi sangre senil se hiela,
y esta aspiracion la inflama.
PEDRO. Logrémosla, y ved el modo,
pues habeis plenos poderes;
¡dudais que hasta mis placeres
á vuestro gusto acomodo?
CANTO Á DUO (se supone en la plaza).
«Cabalga el rey Don Pedro,
¿dónde irá?
Si vá por buen camino,
su destino
á Tierra Santa le llevará:
su astro resplandeciente
vén allá,
y sí sale en cruzada
de Granada
junto al Jordan le alumbrará.»

ESCENA IV.

D. PEDRO, ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA, D. ENRIQUE.

MARIA. (Saliendo de su aposento.)
¿Oyes, hijo? son pobres juglares.
PEDRO. Arrobado sus voces oí.
ENRIQUE. Te dedican sentidos cantares!
MARIA. ¡Vencerás mas allá de los mares!
PEDRO. Los astrólogos dicen que sí.
ENRIQUE. Les admira tu fúlgida estrella.
PEDRO. Porque dichas augura.
ENRIQUE. Lo sé.
MARIA. ¡Siempre luzca feliz, siempre bella!
ALBURQ. (Con gravedad.)
Mi cariño hácia vos se querella
de que á necios hechizos dais fé.
PEDRO. Consultando á los sabios, me fio
de su ciencia.
ALBURQ. Ninguna señal.
lo futuro descubre.
MARIA. ¡Dios mio!
ENRIQUE. Le enojais.
ALBURQ. Libre sois de albedrío,
y elegís entre el bien y entre el mal.
PEDRO. (Enojado.) ¡Alburquerque!
ALBURQ. Lidiad ardoroso,
como os dije; amparad vuestra grey;
sed cristiano ferviente y piadoso;
gobernad en justicia y reposo;
dadnos prole, y sereis un gran rey.
PEDRO. Bien hareis en templar la aspereza
de ese tono.
MARIA. Te dice verdad,
y no ofende su noble entereza.
ALBURQ. Ni me importa arriesgar la cabeza
por serviros.
PEDRO. Ya basta.
ENRIQUE. ¡Callad!
PEDRO. (Ap.) (¡Corazon, sufre esclavo y apura,
mientras vences al fin, solo hiel.)

MARIA. Lealtad le acrisola segura;
le interesa tu lustre y ventura.
PEDRO. (Ap. á D. Enrique.)
(Oye, Enrique, no viene Simuel.)
ENRIQUE. (Aun no tarda.) (Ap. á D. Pedro.)
MARIA. De flor sin abrojos
las primicias en dulce quietud
hoy disfrutas, y sientes enojos?
¿Se fatigan de verla tus ojos?
Blanca es joya de amor y virtud.
PEDRO. ¡Madre! (Con ansiedad.)
MARIA. Nada la dicha supera
que un espíritu forma de dos.
PEDRO. ¡Nada, nada! (Con efusion.)
ALBURQ. Si santa y sincera (Con severidad.)
de su amor es la fé.
PEDRO. (Ap.) (¡Me exaspera!)
ALBURQ. Cual prescriben las leyes de Dios.
MARIA. Fértil campo de rosas cubierto
es la union conyugal; yo tambien
lo pisé fortunada; mas yerto,
como sabes, tornóse desierto;
¡nunca Blanca padezca desden!
ALBURQ. (Ap.) (¡Cuál se agita!)
MARIA. ¿Verdad que la adoras?
PEDRO. Mucho, madre. (Maquinalmente.)
ALBURQ. (Ap.) (Me hiela su voz.)
MARIA. Lo merece, y pues tú la enamoras,
contareis por instantes las horas.
ALBURQ. (Ap.) (¡Luz fatal.)
ENRIQUE. (Ap.) (¡Su martirio es atroz!)
MARIA. Ya sus damas de armiño y brocado
la vistieron, y ansiosas están
de seguirla al torneo preciado,
que las fiestas concluye; á su lado
corre pronto.
PEDRO. Voy, madre. (Ap.) (¡Qué afan!)
(Se entra en el aposento de Doña Blanca: su madre le acompaña hasta la puerta.)
ENRIQUE. A Simuel buscaré. (En ademan de irse.)
ALBURQ. ¡Señor conde!
ENRIQUE. ¿Me llamabais? (Volviendo.)

ALBURQ. (Misterioso.) Oid. ¿Cuándo os vais?
ENRIQUE. (Con aire de extrañeza.)
¿Qué decis de marcharnos? ¿Adónde?
ALBURQ. (Con aplomo.)
No penseis que del rey se me esconde
ni un designio.
ENRIQUE. (Saliendo) ¡Alburquerque, soñais!

ESCENA V.

ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA.

ALBURQ. ¡Qué afliccion, doña Maria!
MARIA. ¿Afliccion?
ALBURQ. Segun presumo,
se disipa como el humo
la general alegria.
MARIA. ¿Preságio triste os aqueja
cuando todos gozan?
ALBURQ. Sí.
MARIA. ¿Pero qué sucede aquí?
ALBURQ. Don Pedro se nos aleja.
MARIA. ¡Dios poderoso!
ALBURQ. De fijo.
MARIA. ¡Vos delirais!
ALBURQ. ¡Ojalá!
MARIA. ¡Imposible! No se vá.
ALBURQ. Mal le conoceis.
MARIA. ¿A mi hijo?
ALBURQ. Su espíritu en brios arde;
pues de lides hablé ahora,
y tibio me oyó, señora,
como si fuera cobarde.
MARIA. ¿De veras?
ALBURQ Si amores siente.
Junto á su amada reposa;
vos le hablasteis de su esposa;
¿no le visteis impaciente?
MARIA. Quizá.
ALBURQ. Mi antigua privanza
tan solo aciertos procura;
le amonesté con mesura,

¿no visteis su destemplanza?
MARIA. Se la reprendí severa.
ALBURQ. Ante la lid no se anima.
El santo amor desestima,
le exhorto al bien, y se altera...
MARIA. ¿Sospechas vagas, decid,
así os infunden cuidado?
ALBURQ. ¿Sabeis lo que me ha costado
(Con profundo misterio.)
traerle á Valladolid?
MARIA. ¡Jesús! (Sobresaltada.)
ALBURQ. Todo se eslabona
y autoriza mi recelo.
MARIA. Me dejais como de hielo.
ALBURQ. Don Pedro nos abandona.

ESCENA VI.

ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA, RUI DIAZ.

RUI D. Del pecho, señor querido,
el corazon se me salta
alborozado... Señora,
humilde os beso las plantas.
MARIA. ¿Qué novedad os alegra?
Referidnos lo que pasa.
ALBURQ. Habla, Rui Diaz.
RUI D. ¿Quién pinta
con naturales palabras
la animacion portentosa,
que por las calles y plazas
cunde veloz y festiva,
al rumor de que Granada
abrirá pronto sus puertas
á las huestes castellanas?
ALBURQ. Hace poco, la noticia
revelé á Lopez de Ayala,
que yá medita y bosqueja
la crónica del monarca;
Rui Diaz la oyó gustoso,
y alegróse en propalarla
como tambien el cronista.

MARIA. ¿Y quién el gozo retarda
y las albricias no pide,
sabiendo especie tan fausta,
á todo un pueblo anhelante
de lucha, victoria y fama?
RUI D. ¡Si vierais, señora, cómo
se congratula y exalta:
unos—¡Viva el rey don Pedro!—
gritan con lengua bizarra:
otros—¡Bendita la madre
que le llevó en sus entrañas!—
Muchos repiten á coro,
—¡Viva, viva, doña Blanca!—
Los más—¡Loor á Alburquerque,
guia del rey!—... Señor, nada,
pues lo exigisteis modesto,
en vuestra pró se me escapa;
mas la muchedumbre sabe
lo que valeis, y os aclama.
MARIA. Su gratitud acredita
justa. Seguid.
RUI D. ¡A las armas!—
se oye á jóvenes y viejos
sin distincion de prosapia,
y les mueven á la gloria
madres, esposas y hermanas.
Aquí monje reverendo
enfervoriza las almas,
clamando—«No insulten moros
nuestra religion sagrada:
gritad: Santiago y á ellos;
la fé derriba montañas;
sublime es lidiar por Cristo,
dulce morir por la patria.»—
Allí á la voz de juglares
se une hasta la de la infancia,
cantando en acorde tono
que será por sus hazañas
algun dia el rey don Pedro
señor de la Casa Santa;
y doctores venerables,
por ciencia, virtud y canas,

acrecientan á porfia
la popular algazara,
recordando altas proezas
de las edades pasadas,
y no creyendo posible
que más júbilo excitara
ni la toma de Toledo,
ni el suceso de las Navas.
Se agolpa inmenso gentío
por ver al rey.

MARIA. (Ap. á Alburquerque.) (No se marcha.)

RUI D. Y aquí llegué á duras penas,
queriendo venir con alas.

ALBURQ. ¡Magnífica perspectiva
á nuestros ojos retratas!

RUI D. Pues hay quien la desentone
con negras sombras.

ALBURQ. Acaba.

RUI D. Os lo digo de continuo,
maese Pablo me enfada
desde que vino de Roma.

ALBURQ. Te respondo que me sana
si enfermo, y vá sustentando
mi ancianidad.

RUI D. Vuestra gracia
se quiere captar astuto,
y ley no os tiene: le halaga
solo el interés del oro;
y sin rubor declarara
vuestra existencia en peligro,
por suponer que la salva.

ALBURQ. Con severidad le juzgas.

RUI D. No señor; forja patrañas:
ahora mismo, por ejemplo,
se me atraviesa á la entrada
de esta mansion, y me dice:
—Rui Diaz, algo se trama.
—Dejadme de agorerias,
le respondo, pues á chanza
me suenan todas—y añade,
—No son conjeturas vagas;
Juan Fernandez de Hinestrosa

con don Simuel Leví trata...
ALBURQ. (Ap. á Doña Maria)
(El tio de la Padilla
y el que los tesoros guarda
del rey.)
RUI D. —Sí; junto al Pisuerga
cogiendo yerbas estaba
medicinales, y vílos
llegar á pobre cabaña
cada cual...—Aquí la frase
le corto, una carcajada
suelto, le planto, y me subo
alegre. ¿Veis lo que fragua
ese médico romano,
solo para ver si cambia
imaginarios servicios
por efectivas ganancias?
ALBURQ. Bueno, Rui Diaz, muy bueno;
Retirate á mi posada,
y aun cuando pasaren dias,
sin que me veas, no salgas.
RUI D. Obedeceros me toca
sin réplica ni tardanza. (Váse.)

ESCENA VII.

ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA.

ALBURQ. ¿Aun dudais?
MARIA. Dejad que gima:
¡harto de la suerte infausta
vislumbro ya los rigores!
Desoladora borrasca
sobre Castilla se viene
tras un instante de calma,
y es mi hijo quien la interrumpe;
¡Santa Maria nos valga!
ALBURQ. Si; pero hagámonos dignos
de que oiga nuestra plegaria;
Unamos la fé y las obras;
Dios ayuda al que trabaja
solícito y fervoroso

por lograr lo que demanda.
Fuerza es que hableis á don Pedro,
y que le hableis á las claras,
y le pidais que desista
de su pasion insensata,
cuyo violento empuje
al precipicio le arrastra.

MARIA. Os lo aseguro, Alburquerque,
le hablaré con eficacia.

ALBURQ. Al punto, doña Maria,
al punto, y en vuestra estancia
aguardo; ved que es urgente.

MARIA. Sí, sí.

ALBURQ. ¡Gran Dios, inspiradla!
(Se entra donde dice).

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA, DON PEDRO. Se encuentran á la puerta de la habitacion de Doña Blanca.

PEDRO. ¡Madre!

MARIA. Feliz coyuntura,
pues se me cumple el deseo
de hablarte á solas.

PEDRO. Os veo
inquieta.

MARIA. Se te figura.
Sentémonos.

PEDRO. Ved que es tarde.

MARIA. ¡Sentémonos por mi vida!

PEDRO. Visteis á Blanca vestida,
y el pueblo aguarda.

MARIA. Que aguarde.

PEDRO. Trémula estais, y colijo
que padeceis...

MARIA. Toma asiento.

PEDRO. Víctima de algun tormento.

MARIA. Antiguas memorias, hijo.

PEDRO. Extinguidlas.

MARIA. Impotente
es la voluntad y flaca,

si la reflexion no aplaca
el frenesí de tu mente.
Nunca de la vista pierdas
cuál fué tu niñez.

PEDRO. Muy triste.

MARIA. Con mis penas padeciste.

PEDRO. Juntos lloramos.

MARIA. ¿Te acuerdas?

PEDRO. Sin consuelo.

MARIA. Noche y dia;
siempre en fatal abandono;
y no ocupabas el trono,
porque tu padre vivia.
Con sus triunfos logró plazos
de benéfico sosiego,
y jamás le trajo el fuego
de honesto amor á mis brazos.

PEDRO. ¡Me torturais, madre amada!

MARIA. Dolor finges, y Castilla
pronto verá la mancilla
de otra reina abandonada.
Lo que la perfidia oculta
la sagacidad sorprende;
¡tu loca pasion te vende!

PEDRO. ¡Don Juan Alfonso me insulta!
Vuestro labio no le nombra,
mas su invencion se me alcanza;
perder teme la privanza,
y hasta le asusta su sombra.

MARIA. Teme que te precipites
con ceguedad, le dá susto
que, por consumar tu gusto,
á Dios y á tu pueblo irrites.

PEDRO. ¡Chocheces de su edad vieja!

MARIA. Destellos de su cordura.

PEDRO. ¡Zozobras de su pavura!

MARIA. Tu temeridad no ceja,
Pedro, te marchas.

PEDRO. ¡Mentira!
Os engañan.

MARIA. ¡No devores
mi pecho!

PEDRO. ¡Viles traidores
lo forjan!

MARIA. Y sientes ira.

PEDRO. ¡Oh, sufrirán mi coraje!

MARIA. Accion fuera deshonrosa
abandonar á tu esposa
con mengua de su linaje.

PEDRO. Sin duda.

MARIA. Necia arrogancia,
sinrazon torpe y funesta
arrojar tan manifiesta
provocacion á la Francia.

PEDRO. No gastaré mis tesoros
contra quien á Cristo acate:
irá Castilla al combate;
pero será contra moros.

MARIA. ¡Buen hijo, me tranquilizas!
mi anhelo dejas colmado,
pues reduces alentado
tu amor dañoso á cenizas.
Asi tu vida no estraga;
bien sabes mi desventura,
y que, si tal fuego dura,
quizá con sangre se apaga.

PEDRO. (Sobresaltado.)
¡Madre!

MARIA. Sensible es mi pecho,
y fin tuvo desatroso
la que me robó el esposo,
que Dios me daba, del lecho.
Saciando la sed maldita
de los celos inhumanos,
su sangre manchó mis manos...
¡mírala, no se me quita!

PEDRO. (Fuera de sí.)
¡Sostendré á la seductora
Padilla rudo y tremendo!

MARIA. ¡Ves como te está vendiendo
tu pasion abrasadora!

PEDRO. (Esforzándose por disimular su agitacion enorme.)
¡Perdonad mi desvarío!
para olvidarla soy fuerte;

pero temblando su muerte
me exalté.

MARIA. Bien, hijo mio.
No tengo contra el encanto,
que asi te mantiene ciego,
más artificios que el ruego,
ni más armas que mi llanto.
Si tus antojos no enfrenas,
si rompes con tus deberes...
¿qué he de hacer?... Nuestro rey eres;
¿quién te ha de poner cadenas?
Mazas tienes y segures...

PEDRO. Por lo que mas reverencio,
señora, juro...

MARIA. ¡Silencio!
Y por si mientes, no jures.
Harto al hijo y al rey dije:
aquí están Dios y tu fama,
y adonde corres, tu dama
y tu perdicion. Elige. (Se entra en su aposento.)

ESCENA IX.

DON PEDRO.

No puedo, madre, no puedo,
y ya en luchar no me obstino;
gloria, esperanza, destino,
todo me arrastra á Toledo.
Allí divisan mis ojos
la estrella de mis amores;
sendas alumbra de flores
y aquí las pisó de abrojos.
¡Blanca, rompo nuestro lazo!
Iman del pecho anhelante
no logra ser tu semblante;
¡me alejo de tu regazo!
Nací de condicion brava,
y por mucho que me venza,
existir me dá vergüenza
con la voluntad esclava.
¡Tú, Alburquerque, te me opones!

Ya no te pido consejo;
¡cesaste, caduco viejo,
de machacarme á sermones!
Y mi cólera previene
contra quien se alce cuchilla...
¡Vuelo tras de la Padilla!...
Pero este Simuel no viene. (Breve pausa.)

ESCENA X.

DON PEDRO, SIMUEL, LEVÍ, AYALA.

SIMUEL. (Saliendo de prisa.)
Señor rey, todo está pronto.
PEDRO. (Enfurecido.)
Hora es ya, judio infame;
por culpa tuya recela
de lo que intento mi madre,
y á mentir como villano,
tardando asi, me obligaste.
SIMUEL. Señor, diligente anduve.
PEDRO. ¡Mala centella te mate!
SIMUEL. Os esperan don Enrique
y don Tello.
PEDRO. ¿Y los infantes
de Aragon?
SIMUEL. Con Hinestrosa,
á quien ví, saldrán más tarde.
PEDRO. Pues vamos, y á toda rienda
para dormir en Pajares,
y antes que venga otra noche,
se acabarán mis afanes.
AYALA. (Al salir el postrero.)
Al rey sigo, y aunque asombra
lo inverosímil del trance,
asi pasa, y asi es fuerza
que mi pluma lo relate.

ESCENA XI.

ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA. Salen acelerados y á tiempo de ver aún á Ayala.

MARIA. ¡Venid, venid! Vuestro celo
tal vez le persuadirá.
ALBURQ. ¡Se nos huye!
MARIA. ¡Santo cielo!
ALBURQ. ¡Señor! (Desde la puerta.)
MARIA. ¡Hijo! (Lo mismo.)
ALBURQ. No hay consuelo.
MARIA. ¡Alburquerque, se fué ya!
PUEBLO. (Cantando fuera.)
Cabalga el rey Don Pedro,
¿dónde irá ¿dónde irá?
(Mientras dura el canto, se acercan al balcon Doña Maria y Alburquerque, y dan á entender con los ademanes la partida del rey D. Pedro.)
ALBURQ. ¿Dónde ha de ir? Al precipicio,
á dominar por el miedo,
á obrar contra su servicio,
á encenagarse en el vicio,
á malograr su denuedo.
MARIA. ¡Vírgen Santa, no han bañado
hartas lágrimas mi rostro!
ALBURQ. La mano de Dios airado
castiga asi mi pecado;
¡ante sus juicios me postro!
MARIA. ¡Qué torcedor tan agudo!
ALBURQ. Por mí se formó ese nudo;
¡lo romperé, no me arredro!
MARIA. ¡De Blanca seré yo escudo!
ALBURQ. ¡Yo libertaré á don Pedro!
MARIA. (Anhelosa.)
¡Atajad su furia loca!
ALBÚRQ. (Enérgico.)
Ir en su alcance me toca
al frente de mis vasallos,
sin llevar pan á la boca,

y reventando caballos.

(Se entra Doña Maria llena de congoja en la habitacion de Doña Blanca, y Alburquerque váse con precipitacion por la puerta de salida.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Hospederia de un monasterio de benedictinos: cinco puertas: una de salida en el fondo; dos á la derecha, pertenecientes y las habitaciones de Alburquerque y de la reina madre; una de las de la izquierda es del aposento de Maese Pablo, á otra corresponde á lo interior de la casa: una mesa en el centro y algunas sillas: de frente cuadros que representan á Cristo crucificado, á S. Benito y á Santa Gertrudis.

ESCENA PRIMERA.

ALBURQUERQUE, dos DONCELES, un ALFÉREZ, una MUJER DEL PUEBLO, tres MOZOS, hijos suyos, un LEÑADOR anciano.

ALBURQ. (A los Donceles.)
Vosotros, donceles nobles,
pronto sereis caballeros.
UN DONC. Siempre, señor de Alburquerque,
vuestro pendon seguiremos.
ALBURQ. (Al Alférez.)
Alférez, entre nosotros
vino á dar á su despecho
la reina madre, tornando
de Portugal, y muy presto
debe partir; en su guarda
ireis con cien extremeños.
ALFÉREZ. Todos su mayor ventura

cifran en obedeceros.
MUJER. Yo soy madre de tres hijos,
señor, escuchad mi ruego
ALBURQ. ¿Necesitais de socorro?
MUJER. Solo necesito verlos
en el hogar de continuo.
ALBURQ. ¿Os los arrebatan?
MUJER. Ellos
me abandonan, los ingratos,
por serviros de escuderos.
Aquí los teneis presentes.
MOZO 1.° Hijas le quedan y yernos,
y tiene casas y yuntas.
MOZO 2.° Y olivares, y majuelos.
MOZO 3.° Y se lo dejamos todo.
MOZO 1.° Mozos de mucho denuedo
somos los tres, y os amamos
porque sois valiente y bueno.
MOZO 2.° Y defendeis la justicia,
que es lo que todos queremos.
MOZO 3.° Y segun ya dijo á madre
el señor cura del pueblo,
no saben manejar ruecas
brazos que piden aceros.
ALBURQ. Eso es hablar como un libro;
mi proteccion os ofrezco,
y medrareis.
LOS TRES. ¡Gracias, gracias!
MUJER. ¿Eso decís?
ALBURQ. ¿Cómo el vuelo
ha de cortar un anciano,
si brios siente, á mancebos?
LEÑ. A vuestras plantas de hinojos,
señor.
ALBURQ. Levantad, buen viejo;
¿pensais que soy algun santo?
LEÑ. Es que suplico.
ALBURQ. Respeto
al hombre se debe, y solo
adoracion al Eterno.
LEÑ. Asi lo predican frailes,
pero los pobres sabemos

que no aprenden poderosos
lecciones de misioneros.

ALBURQ. ¿Algo me pedisteis?

LEÑ. Nunca.

ALBURQ. ¿Y hoy?

LEÑ. A suplicaros vengo
que me ampareis compasivo.
Una hija tuve y ha muerto
de la peste negra, y viuda
lloraba yá, pues el cielo
antes ganó su marido
contra moros combatiendo:
en mí ven su único apoyo,
ángeles de Dios, mis nietos...

ALBURQ. ¿Y son muchos?

LEÑ. Señor, cuatro.
Con mi sudor los mantengo,
cortando leña del monte;
pero, no aguantando peso
mis hombros, merqué una mula
hará como dos inviernos,
y me la hurtaron hoy mismo.

ALBURQ. ¿Quiénes?

LEÑ. Unos ballesteros.

ALBURQ. (Dándole una bolsa.)
Recibid, y comprad otra
mejor, y vereis de cierto
ahorcados á los ladrones,
si descubrís quienes fueron.

LEÑ. ¡Tendrán pan los inocentes!
Me volveis el alma al cuerpo.

MOZO 1.° ¡Dios bendiga vuestras canas!

DONCEL. Asi vivais años luengos
para derramar bondades
generoso y justiciero,
y ser amparo de humildes,
susto y pavor de soberbios,
y pasmo hasta de hombres fuertes
por el teson que venero.

MUJ. Señor, anduve importuna;
junto á vos sabrán de esfuerzos
mis hijos, y sabrán de honra;

feliz y alegre os los dejo,
y ahora me oyerais lo propio,
si, cual son tres, fueran ciento.

ALBURQ. Muy bien.

ALFÉREZ. ¡Sereis de Castilla,
mientras existais, consuelo.
(Todos se van por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ALBURQUERQUE.

Se inunda mi alma de gozo
singular; si el rey don Pedro
saboreára las delicias,
que por inmediato premio
de ser benéfico y justo
se experimentan, su pecho
las codiciára afanoso;
porque ¿de qué sirve un cetro
si no esparce beneficios
entre grandes y pequeños,
como el rocío del alba
dá jugo á cañas y cedros?

ESCENA III.

ALBURQUERQUE, MAESE PABLO, un LEGO benedictino.

PABLO. (Ap. y saliendo de su aposento.)
(Está solo, y la fortuna
me ayudará, si me atrevo.)

ALBURQ. ¿Qué ocurre, Maese Pablo?

PABLO. Humillado á los pies vuestros,
una merced os imploro.

ALBURQ. Ya escucho.

PABLO. (Ap.) (¡Maldito lego!)

LEGO. (Saliendo de la interior de la casa.)
Señor, no puede la cama
dejar nuestro abad enfermo,
y os manda por mi conducto
de bodegas y graneros

las llaves.

ALBURQ. Le dais las gracias,
pues traigo mantenimientos.

LEGO. Para hospedar vuestros hombres,
disponed del monasterio.

ALBURQ. Frai Juan, la estacion permite
que al raso gocen del sueño
en la ribera del Caya,
do tienen buen campamento,
y no cupieran tampoco,
siendo muchos, aquí dentro.

LEGO. Ved que recibís de amigos,
noble señor, cuanto demos,
porque el abad y los monjes
os alaban, y en sus rezos
que triunfeis del soberano
demandan á Dios.

ALBURQ. Incienso
es la oracion reverente
grato á su poder supremo,
y de sanos corazones
jamás la escucha severo.

LEGO. ¿Y llevareis la porfía
hasta no cenar al ménos
de nuestros limpios manjares?

ALBURQ Los aceptaré.

LEGO. Me alegro.
Se os servirá el primer plato
con un licor suculento
del año en que de Sevilla
arrojó á los sarracenos
la espada siempre triunfante
del príncipe que fué ejemplo
de celestiales virtudes.

ALBURQ. Beberé y con el deseo
de que, por bien de la patria,
se renueven tales tiempos.

LEGO. Es leche de los ancianos
sin disputa el vino añejo;
ya vereis cómo conforta.

ALBURQ. Hermano, sobran alientos
á espíritus como el mio

no domados y serenos:
LEGO. ¿Volveré?
ALBURQ. Al caer la tarde.
LEGO. Don Juan Alfonso, hasta luego. (Váse.)

ESCENA IV.

ALBURQUERQUE, MAESE PABLO.

ALBURQ. Maese Pablo, ya escucho.
PABLO. Seré muy breve; pretendo,
pues brillais por dadivoso,
algunos pocos terrenos
de los que son de señores,
que al rey siguen turbulentos
perdiéndole con lisonjas.
ALBURQ. ¿Soy por ventura su dueño?
¿Piensas que empuñé las armas
para dividir el reino
entre seres codiciosos
y ruines aventureros?
Aquí viniste sin nada;
te doy buen acostamiento,
huelgas, con regalo vives;
¿qué más necesitas?
PABLO. Quiero
cauto pensar en mañana.
ALBURQ. Sueñas con ser opulento.
Bien Rui Diaz te conoce;
oro es el único cebo
de tus ánsias, miserable,
y los altos pensamientos
no concibes del que pugna
por extirpar desafueros,
y conseguir que un monarca
de extravíos y de yerros
se aparte, y conquiste glorias
más grandes que sus abuelos.
Tú ignoras el sacrificio
de figurar como espejo
de leales, y por rebelde
aparecer...

PABLO. Mas...
ALBURQ. ¡Silencio!
PABLO. Ved que padeceis achaques
y necesitais sosiego.
ALBURQ. Antes de que me indignáras
lo debiste ver, y espero
que más no tientes mi enojo.
PABLO. Como de cerca y de lejos
se vienen á vuestras filas
presurosos y contentos
los hombres á centenares,
y os animan al empeño
en que os pusisteis, y todo
nos anuncia buen suceso,
que estábais para mercedes
imaginé.
ALBURQ. Mas tú ajeno
ser debes á nuestras dichas
asi como á nuestros duelos.
¿Acaso eres castellano
por tu cuna?
PABLO. Segun eso...
ALBURQ. ¿Naturaleza adquiriste
aquí, tu sangre vertiendo?
cúidate de lo de Italia,
y no te cause desvelo
que pacíficos vivamos,
ó sañudos nos matemos.
PABLO. Otra vez os lo suplico.
ALBURQ. Te pasas yá de molesto.
PABLO. A vuestras plantas me arrojo.
ALBURQ. ¡Aparta, vil extranjero!
(Se entra en el aposento de Doña Maria)

ESCENA V.

MAESE PABLO, sacando un papel y leyendo.

«¿Por qué tu golpe dilatas?
su autoridad y su aliento
dan vida á ese movimiento,
que no dura, si le matas.

Alguien que mira por tí,
liberal en galardones,
me ha dictado estos renglones;
¿entiendes?—Simuel Leví.»—
(Representando.)
No es conjetura ilusoria,
todo sin tí se derrumba,
y abriéndote yo la tumba,
se me debe la victoria.
Oro codicié á tu lado;
niégasmelo, y por tu vida
con oro se me convida...
tú mismo te has sentenciado.

ESCENA VI.

MAESE PABLO, RUI DIAZ.

RUI D. (Saliendo por el fondo.)
Quizás estés, mata-gentes,
urdiendo algun maleficio.
PABLO. Ese, matar; el oficio
de médicos y serpientes.
¿Verdad? especies chistosas
que soltais bien humorado.
RUI D. ¿Sí?
PABLO. Donaires.
RUI D. ¡Mal pecado!
PABLO. ¡Aventurais tantas cosas!
RUI D. ¿Tantas, tantas aventuro?
PABLO. Excesos de perspicacia;
como disteis en la gracia
de andaros por lo futuro.
RUI D. Me cansas, Maese Pablo,
y peco de mal sufrido.
PABLO. No me la echeis de ofendido,
por lo que me toca os hablo.
—«Rui Diaz, algo se trama»—
un dia os dije; cual loco
de mí os reisteis, y á poco
el rey se fué con su dama.
RUI D. Ni cuando verdades reza

evita el justo castigo
de sospechoso testigo
quien á mentiras se aveza.

PABLO. Y vos tambien, cuando el amo
de la privanza caia,
soñabais que ya tendria
mi codicia otro reclamo.

RUI D. Cual yo no sentiste miedo,
cuando acuciaba ladino
Simuel Levi su camino
desde Illescas á Toledo;
y socolor de que ansiaba
su honra el príncipe como antes,
con palabras insinuantes
á la muerte le llamaba.
Ni sus vasallos sincera
voz de súplica te oimos,
cuando nos interpusimos
para que á morir no fuera.
Pero en cambio te afligiste
cuando, presintiendo males,
se retiró á Carvajales
en tierra de Alba de Liste:
cuando, amante del reposo,
no abandonó el real servicio,
aunque don Pedro al bullicio
le estimulaba furioso:
cuando hasta de sus rigores
anhela sacar bienes,
y franco le dió en rehenes
el hijo de sus amores;
y á probar su intencion pura
envióle caballeros,
que, si no escapan ligeros,
ya tuvieran sepultura.

PABLO. Bien, ¿y luego? sin embargo
de que á Portugal se fué
el amo, le acompañé.

RUI D. ¡Como que cazas muy largo!

PABLO. Fugitivo ¿qué esperanza
pude tener de fortuna
ó de riqueza? Ninguna.

RUI D. ¿Pues qué decayó en pujanza?
¿No hacia con sus desmanes
el rey que por el privado
clamára el pueblo, agobiado
de sinsabores y afanes?
¿Quién de tu porte se asombra?
lejos de ser mi querido
señor cual árbol caido,
todos buscaban su sombra.

PABLO. Y si hoy, que mejores dias
amanecen á ese viejo,
os fiase que le dejo;
¿qué diriais?

RUI D. Que mentias.

PABLO. ¿Asi á secas? Para ver,
Rui Diaz, bueno es vivir.

RUI D. ¡Ojos que te vieran ir
para nunca más volver!
¡la del humo á tu persona!

PABLO. (Ap.) (Tal vez, si ardides fraguamos,
con la verdad engañamos
á gente asi, bonachona.)
(Se entra en su aposento.)

ESCENA VII.

RUI DIAZ.

Mi señor por todo pasa,
como lo apoye mi dicho;
y aún se aferra en el capricho
de que te albergue su casa.

ESCENA VIII.

RUI DIAZ, FRAI DIEGO.

F. DIEGO. (Saliendo por la puerta del fondo.)
Muy buenas tardes.

RUI D. Felices,
frai Diego.

F. DIEGO. ¡Qué acudir gente!

¡Gracias, Dios omnipotente,
nuestro designio bendices!

RUÌ D. No hay quien resistirnos pueda,
si nos oye su bondad.

F. DIEGO. Hácia Badajoz mirad
y vereis qué polvareda.
Del sol nubla los reflejos,
y apenas se vé horizonte.

RUI D. (Al irse por la puerta del fondo.)
Subiré al pico del monte.

F. DIEGO. Los que la alzan no están lejos.

ESCENA IX.

FRAI DIEGO, DOÑA MARIA, ALBURQUERQUE.

MARIA. (Saliendo con Alburquerque de su aposento)
Aunque aguda me taladre
mi pena, teneis razon;
no me ofusca la pasion,
y si no fuera su madre...

ALBURQ. Ciego á la luz, sordo al ruego,
y sañudo, y temerario...

MARIA. Corregirle es necesario.

ALBURQ. Asi me dice Frai Diego.

F. DIEGO. Ese vivir á su antojo
á cielo y á tierra injuria.

MARIA. Su desenfreno, su furia,
me asesinan de sonrojo.

ALBURQ. Vuestro padre de mi bando
fué con vos.

MARIA. Cierto; á Maria,
su nieta, bodas hacia
con el infante Fernando.

ALBURQ. Dándonos al regocijo
en Ébora placenteros,
lo turbaron mensajeros
del príncipe vuestro hijo.
Con el rigor que le encona,
tras de echarme de su tierra
y hacer á mis villas guerra,
demandaba mi persona;

¿y cómo no defenderme?
F. Diego. Cabal; sin suicidaros
no pudierais presentaros
ante sus iras inerme.
Alburq. ¿Cuentas pide? No me humilla:
Erguir puedo la cabeza;
notorias son mi pureza
y rectitud en Castilla.
Si hicieron mis allegados
de sus oficios mal uso,
yo responder no rehuso
por vivos y por finados.
Siervo tenaz de la ley,
de conciencia escrupulosa,
no se hallará que obré cosa
en deservicio del rey;
y si dijeren que miento
algunos, serán villanos,
y yo les pondré las manos
uno á uno, y ciento á ciento.
Maria. A mi padre en ese tono
de verdad hablasteis claro,
y si os negára su amparo,
no fuera digno del trono.
F. Diego. Firme y activo despues
vuestra voluntad moví
contra el que os disputa asi
tierra en que sentar los piés;
y pudiendo vos ser dique
de tanto furor y ultraje,
sin mi porfia el mensaje
no oyerais de don Enrique.
Alburq. Acogéisle penitente
vos en confesion devota;
sois teólogo de nota;
argumentais elocuente;
parciales de ilustres nombres
me ofrecisteis; y por ciencia
divina dais obediencia
antes á Dios que á los hombres.
F. Diego. De sacros textos lo copio,
y á más peca de tirano

un rey, si antepone ufano
al bien general el propio.

MARIA. Mas nadie contra el derecho
de Pedro grite, ni atente.

ALBURQ. Rey será, mientras aliente
soplo de vida mi pecho.
Anude los santos lazos,
que le unen á doña Blanca...

MARIA. ¡Implacable me la arranca
de los amorosos brazos!
Mi solicitud le pesa,
y á Arévalo en triste dia
con servidores la envia,
ni bien libre, ni bien presa.

ALBURQ. Mas ya la sacó de allí,
si no mienten los rumores
que oyeron mis corredores.

MARIA ¿Sabreis á qué punto?

ALBURQ. Sí:
no se me escapará nada
por leve señal que asome,
y mientras lenguas no tome,
suspendo toda jornada.
Antes que don Pedro acuda
feroz, cueste lo que cueste,
urge conducir la hueste
do esté su esposa.

MARIA. Sin duda.

ALBURQ. Y luego irán donde vaya,
desde Asturias don Enrique,
desde Montiel don Fadrique,
don Tello desde Vizcaya;
puesto que los tres hermanos
de gente alistan gran pieza,
y somos yo la cabeza,
y ellos no más que las manos.
Su turbulenta energía
bajo mis brios fenece,
porque aquí no prevalece
más voluntad que la mia.

ESCENA X.

ALBURQUERQUE, DOÑA MARIA, FRAI DIEGO, RUI DIAZ.

RUI D. (Saliendo por la puerta del fondo.)
Albricias, señor querido,
compañas buenas y muchas
de Toledo están llegando.
ALBURQ. ¡Siempre alegrias anuncias!
RUI D. De un corazon con nosotros
está la ciudad augusta,
y más que el levantamiento
supone la coyuntura
que lo mueve. Doña Blanca,
estimable por la alcurnia
y el candor, allí cautiva
debió sufrir amarguras,
y libre goza respetos,
y voluntades sojuzga.
ALBURQ. ¡Caso pasmoso!
RUI D. La tropa
que ahora viene, lo divulga:
se hace lenguas del obispo
de Segovia, cuya industria
desvia á la triste reina
del alcázar, y pronuncia
denuestos é imprecaciones
contra Hinestrosa, que pugna
por encerrarla. Ya cerca
de su prision ó su tumba,
doña Blanca del prelado
se aconseja, y á la pura
Santa Maria en su iglesia
desea implorar: fluctúa
Hinestrosa: de mal grado
cede á la demanda justa;
y yá dentro la inocente
princesa, con fé profunda,
asi clama de rodillas,
alzando las manos juntas;

—«Santa Vírgen del Sagrario,
mirad el llanto que inunda
mi rostro; del alma nace,
del alma sencilla y mustia;
heridas la ulceran hondas,
bálsamo sois que las cura;
no hallándolo á vuestras plantas,
¿dónde remedio se busca?
Emperatriz de los cielos,
no es de Castilla mi cuna,
y lástima inspiro á todos
porque padezco sin culpa;
término sois de trabajos
y consolacion de angustias;
si no las secais piadosa,
¿quién mis lágrimas enjuga?»—

MARIA. Lo referís, y mi pecho
se quebranta de ternura.

RUI D. En sollozos y gemidos
allí todo el que la escucha
prorumpe, y hasta Hinestrosa
visiblemente se turba
condolido; mas la fuerza
le avasalla de la dura
providencia del monarca,
y ejecutarla no duda.
Entonces la infeliz reina,
asiéndose á una columna
del sagrario, se recobra
y clama con voz robusta:
—«¡Huid, la Vírgen Maria
bajo su manto me escuda!»—
Aún Hinestrosa persiste;
mas se intimida y asusta,
cuando las mujeres todas,
doncellas, casadas, viudas,
á hermanos, esposos, hijos,
gritan briosas y adustas,
que fueran hombres menguados,
si tibios en ciudad suya
consintiesen que tal reina
solo hallára sepultura;

y todos con juramento,
á fin de ser en su ayuda,
se obligan al sacrificio
de vidas y de fortunas.
Libra despues á Hinestrosa
de muerte rápida fuga:
en defensa de Toledo
arriba desde Segura
don Fadrique diligente,
y á cobro ya de que ocurra
mal lance allí, los más mozos
ansiando están en bravura
competir donde hay peligro,
sin que miedo les infunda
bajo el señor de Alburquerque
del soberano la furia.

F. DIEGO. ¡Dios nos concede su amparo!

MARIA. ¡Blanca libre, qué ventura!

ALBURQ. ¡Señora, magno suceso!
Felicidades preludia.

RUI D. Y se consumó sin sangre,
segun mi señor procura.

ALBURQ. Rui Diaz, oye; mañana,
antes de que el alba luzca,
he de levantar el campo,
y hácia Castilla haré punta
detrás del rey; nada omitas
para que luego se cumpla
lo que mando.
(Váse Rui Diaz)

MARIA. Yo mi viaje
prosígo; no piense nunca
Pedro que á estas pleitesias
dá solidez la que ruda
entre el amor de una madre
y el de la justicia lucha.

F. DIEGO. Ya Martin Alfonso Tello
á disponer se apresura
vuestro palafren, y Ayala
partir anhela, y pregunta
cuándo há de ser.

MARIA. Pronto, pronto;

mi resolucion no muda.
(Se entra en su cuarto, y Frai Diego se vá por la puerta del fondo.)

ESCENA XI.

ALBURQUERQUE.

¡Benévolo borra mi culpa, Dios mio!
Delante la tengo sin tregua ni paz,
y puedo tus sendas mostrar al impío,
si no me desechas, Señor, de tu faz.
Acepta el tributo del alma abatida;
tus manos la laven, cual pido con fé,
y más que la nieve será emblanquecida;
¡tan solo á tus ojos inícuo pequé!
Fiel corazon dáme sin mancha ni vicio
y espíritu recto de sana virtud;
piedad atesoras, ¡vuélveme propicio
la dulce alegria que dá tu salud!
Si ya me negares llevar á Granada,
segun siempre ansío, triunfante á mi rey;
¡contémplele al ménos vivir en sagrada
quietud con su esposa, cual manda tu ley!
contrito me acuso, mi oprobio conoces;
¡nunca tal hiciera!...

VOCES. (Fuera.) ¡Matadla!

OTRAS. ¡Nó, nó!

OTRAS. ¡Matadla!

OTRAS. ¡Cobardes!

ALBURQ. ¿Qué son esas voces?
¡Tumulto en la hueste, mandándola yo!

(Al pronunciar estas palabras con aire de autoridad y extrañeza, sale aceleradamente y desenvainando la espada: alternadamente suenan las voces, y de modo que se figure pronunciadas por los más las de ira, y por los ménos las de misericordia: se ha de seguir oyendo rumor confuso hasta donde el diálogo señala.)

ESCENA XII.

MAESE PABLO, DOÑA MARIA.

PABLO. (Saliendo de su aposento con un pomo en la mano.)
¡Vender la vida te plugo!
pues tu soberbia derroco:
de yerbas maligno jugo
te ha de matar poco á poco;
¡yá sabrás de tu verdugo!
A mis designios halaga
que sientas lo que te amaga,
y es lucro de mi codicia
anticipar la noticia
donde tu fin se me paga.

MARIA. (Saliendo asustada de su cuarto.)
¿A qué esos ruidos?

PABLO. Señora,
achaques de turbaciones;
por el amo lo deplora
mi afecto; se deteriora
con tantas agitaciones.

MARIA. Ya pasa el desasosiego!

PABLO. Sí pasa.

MARIA. No se oye grito.

PABLO. (Ap.) (Declina el sol, y muy luego
aquí ha de venir el lego.
Acecharle necesito.)
(Váse hácia lo interior del monasterio: breves instantes de pausa.)

ESCENA XIII.

DOÑA MARIA, AYALA, y de seguida ALBURQUERQUE y la PADILLA.

AYALA. (Saliendo y envainando la espada.)
A pesar de mi bravura
se libró por maravilla.

MARIA. ¿Quién?

AYALA. La mayor hermosura.

ALBURQ. (Precediendo á la Padilla algunos pasos.)
Salvéla de muerte dura.
MARIA. (Al tiempo en que entra dicha dama.)
¡Ira de Dios; la Padilla!
¿cómo levantas la frente
aquí provocando sañas?
¿pues no sabes, insolente,
que anhelo beber caliente
la sangre de tus entrañas?
¿No tiemblas que la derrame
y mi sed rabiosa inflame,
si renuevas en el alma
la memoria de otra infame
que me arrebató la calma?
Y hoy al hijo se la quitas
que mi corazon adora,
y con tus artes malditas
le aduermes, y el reino agitas....
¡y aun vives!
ALBURQ (Interponiéndose. ¡Por Dios, señora!
MARIA. Triunfas con orgullo vano
de Pedro, que es mi alegria.
ALBURQ. Calmad el furor insano.
MARIA. ¡Lé amas porque es soberano!
LA PAD. (Con dignidad.)
¡Eso nó, doña Maria!
atractivo de semblante;
apuesto á más de persona,
con espíritu jigante,
para cautivar amante
no necesita corona.
Más que regalado viento
embriaga el vívido aliento
de su corazon de lava;
¿qué mujer oye su acento
sin que se le rinda esclava?
¿y de que soy ambiciosa
ruines sospechas infundo?
Si reinara poderosa,
por su amor diera gustosa
todos los cetros del mundo.
Su amor dá ser peregrino

á ensueños de ilusion vaga.

MARIA ¡Mónstruo de pecho dañino,
le pierdes y te abomino!...
¡Soltad, soltad esta daga!
(Pugnando por apoderarse de la daga de Alburquerque.)

ALBURQ. ¡Nunca!

AYALA. ¡Dios mio, qué afan!

LA PAD. (Enérgica.)
¡Sí, sí, dejadla que hiera!
¡bajo su encono de fiera
ya sucumbió en Talavera
doña Leonor de Guzman!

MARIA. Sin que tu recato estimes
al rey atas, y no gimes,
y su porvenir amargas;
¿con qué cadenas le oprimes?
¿con qué hechizos le aletargas?

LA PAD. (Melancólica.)
Serenos eran mis dias
detrás de castas paredes,
y otras manos que las mias
abrieron mis celosías
para soltarme en sus redes.

ALBURQ. (Apenado.)
¿No han de cesar de afligirme
las negras tribulaciones?

LA PAD. ¿Cómo rechazarle firme?
¿cómo á sus pies no rendirme?
¡Son tantas sus seducciones!

MARIA. Mas hoy del tálamo santo
dominadora le alejas.

LA PAD. Al irse á casar, mi llanto
ahogar supe, y del quebranto
ni indicios le dí por quejas.
Despues, falta de respiro,
al son del público gozo,
se oyeron en mi retiro
suspiro tras de suspiro,
sollozo tras de sollozo.

MARIA. Presto consoló tu pena.

LA PAD. ¿Aflojé yo el santo nudo?

MARIA. Por tu amor se desenfrena
y contra Castilla truena;
¡tú me le vuelves sañudo!

LA PAD (Con sarcasmo.)
¡Apacible, fuera infiel
á su tremenda crianza!
¡le disteis de mamar hiel,
y le arrullasteis cruel
con frenesí de venganza!
Le llevasteis por caminos
de áspides, zarzas y espinos,
¡y ahora le pedís piedades!
¿no sembrasteis torbellinos?
pues cosechais tempestades.

MARIA. Tu insolencia me atosiga
y pulverizarla quiero...
¡mi cólera te castiga!

ALBURQ. No será, nó.

AYALA. ¡Qué fatiga!

ALBURQ. Me habreis de matar primero.

(Doña Maria se ha apoderado de la daga de Ayala, y vá á herir á la Padilla: sin perder la presencia de ánimo se interpone Alburquerque, y evita el golpe: mientras Ayala se muestra agitado y confuso, la Padilla se esfuerza en presentarse indefensa á la saña de Doña Maria.)

LA PAD. ¡Poned término piadosa
á las desdichas que arrastro!
¿sabeis mi pena horrorosa?
ya don Pedro llama esposa
á doña Juana de Castro.

ALBURQ. ¡Otro sacrílego enlace!

LA PAD. Asi el desconsuelo nace
de mis horas infelices;
¡dejad que me despedace!

MARIA. ¿Pero es verdad lo que dices?

LA PAD. En Cuéllar, sí, los prelados
de Avila y de Salamanca,
débiles ó desalmados,
anularon sus sagrados
vínculos con doña Blanca.
Hablándole aduladores

los mas dignos celadores
de las sacrosantas leyes,
dará en que de pecadores
exime Dios á los reyes...
Mas ya el corazon no exhala
gemidos, porque mis celos
son maravillosa escala,
que la Vírgen me señala
para subir á los cielos.

MARIA. Voz dolorida no miente...
¿Adónde corres?

ALBURQ. Mi gente
junto á Portugal te pára.

LA PAD. (Fervorosa.)
Voy á vestir penitente
el sayal de Santa Clara.

MARIA. Bien.

ALBURQ. Si don Pedro quisiera;
mas contra su índole fiera
nada son por desventura
ni líneas de una frontera,
ni tapias de una clausura.

ESCENA XIV.

DOÑA MARIA, ALBURQUERQUE, LA PADILLA, AYALA, FRAI DIEGO.

F. DIEGO. (Saliendo, á Doña Maria.)
Toda vuestra comitiva
espera.

MARIA. Pues á marchar,
Lopez de Ayala.

AYALA. (Ap. y yéndose.) (De Cristo,
no del monarca, será.)

ALBURQ. Al rey don Pedro, señora,
servid de ángel tutelar;
sed antorcha que le alumbre.

MARIA. Su loca temeridad
le ciega; pero el cariño
de una madre, ¿qué no hará?

ALBURQ. Decidle que de hora en hora

mis filas creciendo van
cual las aguas de los rios
segun se acercan al mar:
decidle cómo Toledo
no tiene más voluntad
que la de su digna esposa.

F. DIEGO. Y declaradle además
cuánto debe al patrocinio
de la Madre celestial.

ALBURQ. Con que la lleve á su lado
y la honre, tiempos de paz
alegrarán á Castilla;
ramos de lauro inmortal,
para coronar sus sienes,
junto al Genil brotarán;
su rey hará las delicias
de toda la cristiandad...

F. DIEGO. Y la bendicion del Papa
su júbilo colmará.

ALBURQ. No le oculteis que retengo
cerca de mí á la beldad,
fugitiva de sus brazos
y ansiosa de ir al altar,
por evitar que profane
los claustros su planta audaz,
delirando con ensueños
que no han de volver.

LA PAD. (Con entereza.) ¡Jamás!

ALBURQ. Y suplicadle que tome
privados de calidad,
que sepan guardar á todos
la justicia por igual,
y que, sumisos y enteros,
hallándose ante su faz,
ni olviden la reverencia,
ni le callen la verdad.

MARIA. Si una mujer combatida
por vario y continuo afan
sabe pintar sus congojas
al vivo: si eco eficaz
en el corazon de un hijo
tiene la voz maternal,

cuando suplica temblosa
y revelan ansiedad
los ayes, que lastimeros
la interrumpen: si ablandar
logran á pechos de roca
las lágrimas en raudal;
lo que demandais armado
mis ruegos alcanzarán,
y gozarémos de calma
tras hórrida tempestad.

ALBURQ. Id con Dios; perseverante
le separaré del mal,
y expío asi mi pecado.

F. DIEGO. Triunfareis.

MARIA. Con Dios quedad. (Váse.)

ALBURQ. (A la Padilla.)
Descansa, infeliz, descansa.

LA PAD. (Suplicante.)
¡Señor!

ALBURQ. Nada temas ya;
te liberté del peligro,
y tranquila esperarás.
(La acompaña hasta la puerta del aposento que ha dejado Doña Maria.)

ESCENA XV.

ALBURQUERQUE, FRAI DIEGO, y sucesivamento el LEGO, MAESE PABLO y RUI DIAZ.

F. DIEGO. ¿Veis cómo Dios al que implora
consuelo inefable manda?

ALBURQ. Mi penitencia le ablanda.

LEGO. (Saliendo con un cesto, del cual empieza á sacar los manteles y los manjares, que pone sobre la mesa de seguida.)
Don Juan Alfonso, yá es hora.

PABLO. (Saliendo detrás del Lego, y pasando á la habitacion de Alburquerque. Ap.)
(Temblando estoy de alegria
y de têmor.)

ALBURQ. Sí, buen lego;

Rui D. cenad conmigo, Frai Diego.

~~F. Diego.~~ (Saliendo por la puerta del fondo.)
Ya se fué doña Maria.

ALBURQ. Con bien llegue.

F. DIEGO. De buen grado
cenaré. (Se sientan los dos á la mesa.)

LEGO. Cosa ligera;
ved, salpicon de ternera
y unas lonjas de venado.
Lo hallareis todo en su punto.

ALBURQ. (Comiendo.) ¡Oh! sí, manjar exquisito.

F. DIEGO. (Id.) Tentando está el apetito;
resucitára á un difunto.
(Se vuelve á entrar el Lego.)

ALBURQ. ¡Válgame Dios, qué ocurrencias!
¡Quién pensára que algun dia,
por servir al rey, seria
caudillo de turbulencias!

F. DIEGO. Asi libertais de estrago
aun á la menuda plebe.

PABLO. (Despues de estar en acecho, de modo de ser visto del público, detrás de la puerta del cuarto de Alburquerque, se adelanta hácia el Lego, que sale con un frasco de vino en la mano, y le presenta una copa.)

PABLO. Hermano Juan, aqui bebe.

LEGO. (Escanciando.)
Luego probareis un trago.

RUI D. (Siguiendo la conversacion que se supone no interrumpida.)
¡Qué gente la de Toledo!

F. DIEGO. No vi mas gallarda tropa.

RUI D. (A Maese Pablo, cuando vá á ofrecer el vino á Alburquerque.)
¿Le vais á servir la copa?

PABLO. (Afectando indiferencia.)
Servídsela vos. (Ap.) (¡Qué miedo!)

LEGO. (Á Alburquerque en el momento de tomar la copa.)
Os gustará.

ALBURQ. (Oliendo.) ¡Esencia grata!

LEGO. Digno es de un rey.

PABLO. (Ap.) (Ya lo apura.

LEGO. Y de vos.

PABLO. (Ap.) (¡Oh, qué ventura!)

ALBURQ. (Soltando la copa ya vacia.)
¡Buen vino!

PABLO. (Ap.) (Despacio mata.)

F. DIEGO. (Despues de apurar una de las copas que el Lego ha sacado.)
Bueno.

PABLO. (Ap.) (Languidecerás
lentamente.)

F. DIEGO. ¡Rico zumo!

PABLO. (Ap.) (Ahora sí que es la del humo,
Rui Diaz.)

LEGO. (Ofreciendo con el frasco.)
Si quereis más...

PABLO. (En ademan de irse, y señalando á Alburquerque.)
(¡Ya sabrás de lo que mueres!)
(Señalando á Rui Diaz, y soltando la carcajada.)
(¡Já, já, y la copa me quita!)
(Suenan las tres primeras campanadas de las oraciones en la torre del monasterio; se descubren todos, sin exceptuar á Maese Pablo, que lo hace la tiempo de emprender la fuga.)

ALBURQ. (En pie, como lo estan Frai Diego, y Rui Diaz que no se ha sentado.)
Oremos á la bendita
entre todas las mujeres.
(Rápidamente cae el telon mientras se persignan los tres personajes.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Parte interior de la muralla de Medina del Campo: de frente las almenas: á cada costado la pared exterior y lateral de un torreon con puerta: entre las almenas y los torreones y á ambos lados, se supone que desembocan dos escaleras tampien interiores: algunas piedras toscas, desparramadas y dispuestas de modo que tres de ellas puedan servir de asientos.

ESCENA PRIMERA.

RUI DIAZ, MOZO 1.º

MOZO. (Saliendo del torreon de la derecha y apagando una tea.)
Ni doy crédito á consejas,
ni apoyo supersticiones;
de trasgos y apariciones
hablen si gustan las viejas.

RUI D. Y el pueblo creyendo está
que se oyen voces extrañas.

MOZO. No temblará de patrañas
Medina del Campo yá.

RUI D. ¿Fuiste con tus dos hermanos?
¡Cuánto el vulgo desatina!
Sin duda será una mina
del tiempo de los romanos.

MOZO. Si es de otro tiempo ó de aquel
ignoro, y si es mina ó cueva;
mas sé que sin riesgo lleva

á orillas del Zarpadiel.
RUI D. Ahuyentará muchos miedos
tu varonil arrogancia
MOZO. Y es tan corta la distancia,
que se atraviesa en tres credos.
RUI D. Al señor tienes prendado.
MOZO. Le sirvo desde un mes hace.
RUI D. Tu arrojo le satisface.
MOZO. ¿Quién no se anima á su lado?
Glorias concibe su mente,
valor infunde su pecho,
y otro no dejára el lecho
con su salud decadente.
RUI D. Aunque nécio lo eché á broma,
jamás le asaltó dolencia
bajo el poder de la ciencia
de aquel físico de Roma.
Le tuve ojeriza, y hoy,
si supiera dónde pára,
á que viniese le instára;
te lo juro por quien soy.
Desde que al señor no asiste,
ya lo vés, de pronto enferma,
no se consigue que duerma
lo natural.
MOZO. Es muy triste.
RUI D. Por más que hacemos ensayos
distintos, no se recobra,
y empiezo á tener zozobra
desde que sufre desmayos.
Su espíritu le sostiene.
MOZO. Mientras lo viereis entero,
esperad.
RUI D. No desespero.
¡Mira qué pálido viene!

ESCENA II.

RUI DIAZ, MOZO 1.°, ALBURQUERQUE, saliendo del torreon de la izquierda.

ALBURQ. ¿Estás de vuelta? ¡Qué pronto!

MOZO. Si, señor, hace ya rato.
ALBURQ. ¿Y qué tal fué la aventura?
RUI D. Sin riesgo la llevó á cabo.
ALBURQ. Pero eso no disminuye
su crédito de bizarro.
MOZO. No es menester serlo mucho
para lo que hice.
ALBURQ. ¿De espanto
habia causa?
MOZO. Ninguna.
De ese torreon al campo
lleva subterránea via;
se traspone sin trabajo;
apenas la luz se pierde,
y quedan mis dos hermanos
á la entrada y la salida
por si resolviereis algo.
ALBURQ. Sin duda; Medina toda
cesará de sobresaltos,
viendo por sus propios ojos
desaparecer el antro
que pobló de almas en pena
su pavura, y de mi paso
le quedará esta memoria
agradable.
RUI D. ¿Nos marchamos?
ALBURQ. Sí, muy luego; del alarde,
que ayer hice, me complazco:
armados de hierro y fuste
muchos y buenos vasallos
me obedecen; y las fuerzas
de los infantes bastardos;
las de los aragoneses,
primos del rey; las que trajo
de las márgenes del Miño
yá don Fernando de Castro,
y las mesnadas venidas
con próceres y prelados,
subordinadas y acordes,
se ajustan á lo que mando.
RUI D. No bajarán de seguro
de cinco mil los caballos.

Y el rey no tiene seiscientos.

ALBURQ. ¡Y se aferra temerario
en que le envie su dama
antes de venir á tratos!
Me hostigan una vez y otra
sus mensajeros en vano;
¡despácheme cuantos quiera!
A verme sin embarazo
llegarán como hasta el dia;
mas ni amenazas, ni halagos
me harán que mude consejo.
Lo que solicito es santo:
detrás de mí el pueblo todo
reclama lo que reclamo;
y luego que lo consiga,
sin que se lloren estragos,
rendiré lleno de gozo
mi acero nunca manchado
y mi pendon siempre limpio
á los piés del soberano.

RUI D. Y os admirarán las gentes,
y movereis á entusiasmo,
y sonará vuestro nombre
entre general aplauso.

ALBURQ. Mi espíritu no se abate,
pero ya se dobla flaco
mi cuerpo bajo el influjo
de los ominosos años
y de los rudos afanes,
con que sin tregua batallo...
¿Habré de perder la vida
sin arribar á descanso?

RUI D. Ni lo imagineis; ahora
se divisan á lo largo
unos doscientos ginetes
del rey don Pedro, y acaso
anuncian cual de costumbre
que se ván aproximando
sus mismos embajadores:
quizá el desenlace fausto
se toca de los disturbios;
y cuando nó, breve plazo

á fin de estar sobre Toro
se necesita, y es claro
que, no teniendo más tierra
el monarca de su bando,
con dominarse á sí propio
alcanzará el mejor lauro.

ALBURQ. Dios lo haga, como ferviente
de sus piedades lo aguardo
y apenas puesto de hinojos,
muestre con trémula mano
al rey don Pedro el camino
de Granada, que vedado
me fué seguir por mi culpa,
cuando lo miraba llano,
arrancándome la espuela
y desciñéndome el casco,
sin que ya muertos impulsos
de pensamientos mundanos
tortura dén á la mente;
de peregrino y descalzo,
á visitar el sepulcro
iré del Señor Santiago.
Si hoy las lágrimas comprimo,
allí en manantial amargo
se desprenderán del pecho
los párpados abrasando...
¿Pero habré de morir antes
de que reviente mi llanto?...
(Se desmaya: Rui Diaz le sostiene y asienta sobre una de las piedras.)

RUI D. ¡Señor, oidme! ¡Qué angustia!

MOZO 1.º Desfalleció en vuestros brazos.
(A este tiempo se presenta el Alférez por una de las escaleras.)

ESCENA III.

ALBURQUERQUE, RUI DIAZ, MOZO 1.º, ALFÉREZ.

ALFÉREZ. Andando en la descubierta,
de allá se me vino un paje
con esta carta, y la traje

para vos.

RUI D. Dádmela abierta.

¿Y os dijo más?

ALFÉREZ. Nó, porque,

montando valiente overo,
la rienda torció ligero,
hincó la espuela, y se fué.

RUI D. (Yá con la carta).

En este pliego hay arcano;
sí, sí, quizá se me escoge
para que el señor afloje
de su teson, y es en vano.
Jamás le niego el tributo
de fidelidad intensa,
y pensando lo que piensa,
manda su voz, y ejecuto.

MOZO 1.º Mi sangre su ímpetu abrasa.

ALFÉREZ. Por bueno y grande le aclamo.

RUI D. Salid fuera.

MOZO 1.º Mas el amo...

RUI D. Salid, pronto se le pasa.

(Vánse por una de las escaleras)

ESCENA IV.

RUI DIAZ, ALBURQUERQUE.

RUI D. ¿Quién manchó con tinta roja
esta pajiza vitela?
¿Por qué mi sangre se hiela,
y mi ánimo se acongoja?
Sin saber lo que declara
funesto golpe imagino...

(Recorre rápidamante la escritura y exclama espantado.)

¡Villano!... ¡Hereje!... ¡Asesino!...
¡Yá se sabe dónde pára!...
¡Bien hice en odiarle! Son
radicales, verdaderos,
siempre, siempre los primeros
impulsos del corazon!
¡Le dió ponzoña maldita,

y se la serví yo mismo!
¿Cómo no te abres, abismo,
bajo mis piés?

ALBURQ. (Vuelve en sí poco antes.)
¿Qué te agita?

RUI D. (Disimulando.)
Nada.

ALBURQ. ¿Nada? Estás inquieto:
díme de qué... ¿No respondes?

RUI D. Tranquilo estoy.

ALBURQ. ¿Por qué escondes
ese papel?

RUI D. (Turbado.) Es secreto.

ALBURQ. (Resentido.)
¿Dudas quizás de mi fé?

RUI D. Habla... de gente revuelta.

ALBURQ. Dáme!

RUI D. ¡Señor, señor! (Suplicante.)

ALBURQ. Suelta. (Lo coge.)

RUI D. ¡Ah, no lo leais!

ALBURQ. ¿Por qué?
Tú, que atribulado lloras,
verás como no me aflijo,
aunque señale de fijo
el término de mis horas.
Dios brinda inefable calma
al que en sus brazos recibe...
¿Quién este papel escribe?

RUI D. ¡Rompedlo, señor del alma!

ALBURQ. Nó, que la eterna ventura
tal vez alcancen mis preces,
apurando hasta las heces
el cáliz de la amargura.

RUI D. ¡Rompedlo! Con hiel dañina
ese papel se escribió.

ALBURQ. Leamos.

RUI D. ¡Rompedlo!

ALBURQ. Nó.

RUI. D. (Desconsolado.)
¡Ay, el dolor no asesina!

ALBURQ. (Leyendo al principio con más indignacion que sorpresa.)

«Yá vés si dejé á ese viejo,
soplándole viento en popa...
¿No creerás hoy que una copa
le mata de vino añejo?
¿Concebirás cuán ufano
bendije mi buena suerte,
pobre Rui Diaz, al verte
servírsela por tu mano?»...

RUI D. (Angustiado.)
¡Allí destiló veneno
ese mortal descreido.

ALBURQ. (Resignado.)
Efectos de haber nutrido
una víbora en mi seno.

RUI D. Sí, como reptil inmundo
se arrastraba á vuestros piés.

ALBURQ. (Sigue leyendo y empieza á agitarse.)
«Rui Diaz, el interés
todo lo puede en el mundo»...

RUI D. Solo con quien amancilla
su dignidad sin rebozo.

ALBURQ. (Leyendo y alterándose gradualmente.)
«Me viste pobre, y ya gozo
rica heredad en Sevilla»...
(Representando.)
¡Dios mio! ¿Qué estoy leyendo?
¿Con qué pensamientos lucho?

RUI D. ¡Ay!

ALBURQ. (Leyendo.) «Tu señor vale mucho»...

RUI D. ¡Ya veis!

ALBURQ. (Leyendo.) «Y caro le vendo.
Si muere el pastor, la grey
se dispersa; Dios ó el diablo
le lleven.—Maese Pablo,
contador mayor del rey.»
(Representando, primero dolorido y luego indignado.)
¡Oh príncipe, de este modo
galardonais el cariño
del que desde que erais niño
os lo sacrifica todo!
Solo respirais furores,

y solo producís males;
no espereis encontrar leales
mientras honreis á traidores.

RUI D. ¡Pasma que tal bastardía
en espíritu real quepa!

ALBURQ. (Sigilosamente.)
Escucha, nadie lo sepa,
su honra se deslustraria,
Rui Diaz, la lengua ten;
ahora sí que rompo el pliego... (Lo hace.)
(Anheloso.)
Mira, que venga Frai Diego...
y la Padilla tambien.
No resbalen por tu faz
las lágrimas hilo á hilo.

RUI D. (Lloroso.)
¡Señor!

ALBURQ. ¿No me vés tranquilo?
(Anheloso.)
¡Corre, que el tiempo es fugaz.
(Se entra por el torreon de la izquierda.)

ESCENA V.

ALBURQUERQUE, D. ENRIQUE.

ENRIQUE. (Saliendo por la escalera de la derecha.)
Don Juan Alfonso, ya es fuerza
que la cuestion se decida:
vos tratais á las calladas
con el monarca.

ALBURQ. ¡Mentira!

ENRIQUE. ¡Tal insulto!

ALBURQ. De inconstante
os agobia la ignominia,
y la suponeis en todos.

ENRIQUE. ¿Yo inconstante?

ALBURQ. De perfidias
vivís desde que rebelde
os vimos en Algeciras,
no bien muerto vuestro padre,
hasta que, amagando lidia,
os hallabais por frontero

de la mejor de mis villas;
y lejos de hostilizarla,
cual os mandó sin justicia
el rey don Pedro, un mensaje
me enviasteis, y la insignia
levanté del movimiento,
que mi poder acaudilla.

ENRIQUE. Si obrarais, don Juan Alfonso,
á derechas, yá estaria
en Aragon, ó Navarra,
ó Portugal la Padilla.

ALBURQ. ¿Y qué se lográra entonces?

ENRIQUE. A todo se diera cima.

ALBURQ. No valeis para el consejo.

ENRIQUE. Se me alcanzan vuestras miras.

ALBURQ. Las manifiesto á las claras.

ENRIQUE. Nó; las teneis escondidas.
De vuestro hijo la existencia
junto al monarca peligra,
y asi la salvais.

ALBURQ. Le cuento
por víctima de sus iras.

ENRIQUE. Ya fuéramos vencedores,
si yo me hallára en las filas
cuando esa funesta dama
cayó presa.

ALBURQ. ¿Por qué via?

ENRIQUE. Dando calor al tumulto.

ALBURQ. Vuestra cabeza delira.

ENRIQUE. Matándola.

ALBURQ. ¡Don Enrique!

ENRIQUE. Los muertos no resucitan.

ALBURQ. Asi de vos se dijera,
pues contra los homicidas
siempre se levantan horcas
donde Alburquerque domina.

ENRIQUE. Abusais de vuestras canas.

ALBURQ. ¿Condenando villanías?

ENRIQUE. Aplaudid las del infame
que monarca se apellida.

ALBURQ. Señor conde, señor conde,
refrenad la lengua inícua,

ó sabreis que vuestra espada
no es del temple de la mia.

ENRIQUE. ¡Brioso estais, Alburquerque!

ALBURQ. Lo seré mientras exista
contra quien al soberano
respeto y amor no rinda:
al que denigre su nombre
castigará mi energia;
y si por azar infausto
riesgo corriese su vida,
(Bien marcado.)
nada, señor conde, nada,
por superior juzgaria
á la ley del vasallaje
mi fidelidad antigua.

ENRIQUE. Otra vez del rey don Pedro
disfrutará las caricias
esa mujer tentadora,
si nuevamente conquista
vuestra ambicion la privanza
por medio tal.

ALBURQ. ¡Me horroriza
aun la sospecha remota!
Sin advertir la fatiga
con que borro hasta la huella
de mi culpa, bastaria
ver macilentos mis ojos,
contemplar mi frente lívida,
y cómo tiembla mi mano,
y cuál mi planta vacila,
para saber que mi cuerpo
al sepulcro se derriba,
mientras mi alma se remonta
á las regiones divinas,
sonando la hora postrera
en el reloj de mis dias.

ENRIQUE. Cedereis el mando entonces.

ALBURQ. ¿A vos? ¡Huid de mi vista!

ENRIQUE. Os vigilaré.

ALBURQ. ¡Menguado!

ENRIQUE. No duerme quien desconfia.
(Váse por una de las escaleras.)

ESCENA VI.

ALBURQUERQUE.

De frágil califica mi entereza;
¡cuánto la escuela del dolor instruye!
Á Dios faltando, la desdicha empieza;
mas su terrible afán dónde concluye?

ESCENA VII.

ALBURQUERQUE, LA PADILLA, FRAI DIEGO, saliendo por el torreon de la izquierda.

F. DIEGO. Nos llamais, y acudimos de buen grado.
ALBURQ. Tomad asiento, porque el aire puro
me conforta.
F. DIEGO. Os oimos.
ALBURQ. Padre amado,
enfermo estoy y la salud procuro.
No la del cuerpo, mísera ceniza,
que aventa el soplo de la muerte fiera;
la que del alma forma y eterniza
los santos goces alcanzar quisiera.
F. DIEGO. Anhelo propio de varon cristiano:
á pesar de apariencias seductoras,
todo lo de la tierra es humo vano.
ALBURQ. ¡Ay si volvieran las pasadas horas!
(A la Padilla.)
¿Te olvidaste quizá de mis caricias?
Bajo mi techo resbaló tu infancia,
aspirando feliz entre delicias
de virtud la suavísima fragancia.
Siempre se desveló mi honesta esposa
por librarte de pérfidos engaños,
y embalsamaba candidez hermosa
la verde primavera de tus años;
y cuando eras cual lago trasparente,
do el aura juega y do la luna brilla,
alas dando á tu espíritu inocente,

yo corrompí tu juventud sencilla.
F. Diego. ¡Culpa enorme y atroz!
La Pad. Somos de cieno:
esa memoria cual á vos me aflige,
y adormecida en el liviano seno
del placer fascinada la bendije!
Alburq ¡Horror, horror! Desde el funesto instante,
en que túrbias las aguas cristalinas
se tornaron del lago; vacilante,
no avanzo nunca sin pisar espinas.
Si las arranco tras fatigas rudas,
que á Dios consagro por humilde ofrenda,
y me quiero mover, nacen agudas
nuevas espinas en mi larga senda.
Su aspereza sin término me abisma
y ni la mente su extension abarca ..
Acercándose el fin de la morisma,
del tálamo nupcial se huyó el monarca.
Volé en su alcance por el bien del trono;
me aguardaba con hórrida cuchilla,
y me impidieron arrostrar su encono...
F. Diego. Porque erais la esperanza de Castilla.
Alburq. Yo la templé sus ímpetus de guerra,
mientras don Pedro resolvió en su saña
no dejarme pacífico en su tierra,
bien lo sabeis, frai Diego, ni en la extraña.
Vos me incitasteis á lanzar el grito,
que repiten los pueblos castellanos;
fuerzas allego, lágrimas evito,
y se toca yá el triunfo con las manos...
F. Diego. Sí; las piedades alcanzais divinas,
y terminasteis de pisar abrojos.
Alburq. Nó, padre, nó; fatídicas espinas
otra vez miran mis cansados ojos.
F. Diego. ¡Me asombrais! ¿Qué peligro nos amaga?
¿Cuál es vuestra ansiedad? No lo comprendo.
Alburq. Astro es mi vida, cuya luz se apaga,
y os quise hablar... porque me estoy muriendo.
La Pad. ¡Qué escucho!
F. Diego. ¿Morir vos?
Alburq. Y sin reposo.
¡Ay! ¿Cómo purgo mi fatal pecado

prevaleciendo el rey?

F. DIEGO. Dios es piadoso
y os contará lo que teneis penado.

ALBURQ. Las muestras veis de mi dolor profundo.

F. DIEGO. Todos pecamos.

ALBURQ. ¿Hallaré clemencia?

F. DIEGO ¿No es por dicha en el piélago del mundo
tabla de salvacion la penitencia?

ALBURQ. Yá no la he de soltar, y os lo presagio,
mi propósito firme no desmaya.

F. DIEGO. Asidla bien, y libre del naufragio
arribareis á la celeste playa.

LA PAD. Y las espinas tornaránse flores.

ALBURQ. ¡Ayúdame á llegar!

LA PAD. ¡Sí!

ALBURQ. ¿Me perdonas?

LA PAD. Sí; para quien se nutre de rencores
no tejen los arcángeles coronas.

ALBURQ. ¡Ay! Cánticos oiste de ternura,
y sintieras quietud grata y amena
con Ayala gentil.

LA PAD. Mayor ventura
me ofrece Dios en soledad serena.

F. DIEGO. Del cielo allí conquistareis la palma.

ALBURQ. Sellen tus brazos mi perdon! (Le abraza.)
[¿Y lloras?

LA PAD. ¡Lágrimas son que me arrancais del alma!

ALBURQ. ¿Por qué no vuelven las pasadas horas?

F. DIEGO. Vos tambien perdonais.

ALBURQ. Con santo anhelo,
y aun mis contrarios me verán amigo.

LA PAD. (Estrechándole con ternura en sus brazos.)
¡Consoladle, Señor, cual le consuelo!

F. DIEGO. (Extendiendo fervoroso las manos sobre su cabeza.)
¡Bendecidle, Señor, cual le bendigo!
(Se entran por el torreon de la izquierda.)

ESCENA VIII.

ALBURQUERQUE, RUI DIAZ.

ALBURQ. De angustias me aliviais: se fortalece

mi fé viva; renace mi esperanza;
brota mi caridad, su fuego crece...

RUI D. (Saliendo del torreon de la izquierda.)
En vos descubro plácida mudanza.

ALBURQ. Limpio arroyo la sed del peregrino
refrigerar no logra, cual la esencia
que se derrama del amor divino,
próvida vigoriza la conciencia.
Lavó la mia su corriente clara;
yá no me punza roedor gusano...
(Con vehemencia suma.)
¡Oh qué fortuna si mi voz sonára
donde oirla pudiera el soberano!
(Al comenzar esta exclamacion aparecen por una de las escaleras con la visera calada el rey D. Pedro y Pedro Lopez de Ayala; al concluir Alburquerque se le acerca el rey y se descubre; lo mismo hace Ayala, aunque manteniéndose á pié firme: Rui Diaz pasa al lado de este.)

ESCENA IX.

ALBURQUERQUE, el REY DON PEDRO, RUI DIAZ, AYALA.

PEDRO. (Con violencia.)
Oyéndola está, y le gusta
lo breve.

ALBURQ. ¡Señor, qué gozo!

PEDRO. No aticeis mi saña justa
ó temblad.

ALBURQ. Nada me asusta,
y os hablaré sin rebozo.

PEDRO. ¿Sabeis á qué es mi venida?

AYALA. (Ap. á Rui Diaz.)
(Siempre los mismos extremos
de intrepidez no vencida
y malograda.)

RUI D. (Ap. á Ayala.) (Perdida.)

PEDRO. Hablemos solos.

ALBURQ. Hablemos.
(A una señal de D. Pedro se entran Ayala y Rui Diaz por el torreon de la derecha.)

ESCENA X.

DON PEDRO, ALBURQUERQUE.

PEDRO (Impetuoso.)
¿Cómo reteneis cautiva
á la que de paz me priva?
ALBURQ. (Sosegado.)
Ya no temais que peligre.
PEDRO. Decidlo pronto. ¿Está viva?
ALBURQ. ¿Son mis entrañas de tigre?
PEDRO. Pues dádmela sin demora.
ALBURQ. Yace muerta para vos.
PEDRO. ¡Tened la lengua traidora!
ALBURQ. Otra pasion la devora.
PEDRO. ¿Y quién se la inspira?
ALBURQ. Dios.
PEDRO. ¿Hablaisme de veras?
ALBURQ. Sí.
PEDRO. Y no la tendreis aquí...
¿Se alberga en sacro recinto?
Yo la sacaré de allí.
ALBURQ. No me sorprende ese instinto.
PEDRO. Trabajais porque la olvide,
quizá supondreis que me odia.
Decidme dónde reside.
ALBURQ. No la vereis.
PEDRO. ¿Quién lo impide?
ALBURQ. Está bajo mi custodia.
PEDRO. ¡Obedecedme! la espero;
pronto, al instante... ¿No vais?
ALBURQ. ¡Templad el ímpetu fiero!
PEDRO. (Arrebatado.)
Hareis que os mate mi acero.
ALBURQ. (Con fria calma.)
¿Cuántas vidas me contais?
PEDRO. La que mi furor sentencia
á que postrada sucumba.
ALBURQ. Señor, pecais de impaciencia.
PEDRO. (Furioso.)
¡Acabareis la existencia!

ALBURQ. (Imperturbable.)
Si ya me abristeis la tumba.
PEDRO. (Balbuciente.)
Hablais...
ALBURQ. De mi soberano,
y del físico romano
á quien prodiga mercedes.
PEDRO. Mas...
ALBURQ. Basta; ni las paredes
se enterarán del arcano.
No temais que lo quebrante;
siempre fuí perseverante,
señor, en vuestro servicio;
y os rinde mi amor constante
este postrer sacrificio.
PRDRO. (En tono algun tanto afable.)
Si apeteceis mi ventura,
hacedme el de la hermosura,
que yá os debí en agasajo.
ALBURQ. (Sonrojado.)
¡Accion por demás impura!
de allí viene mi trabajo.
PEDRO. (Primeramente amenazador y despues halagüeño.)
¡Pensad que teneis un hijo!...
Satisfacedme, y prospera.
ALBURQ. (Con entereza.)
De su porvenir me aflijo;
pero, señor, no transijo;
si es necesario, que muera.
Antes de que yo asi peque
en flor su vida se seque.
PEDRO. ¡Obrad como padre tierno!
ALBURQ. En vano esperais que trueque
por lo temporal lo eterno.
PEDRO. Volcan es que no se apaga
mi pasion calenturienta.
ALBURQ. Solo desdichas amaga.
PEDRO. Reveladme qué os halaga;
decidme qué os amedrenta.
ALBURQ. Me halaga cuanto encamina
á que brilleis en la historia;
me amedrenta que os inclina

ciego arrebato á la ruina,
y que despreciais la gloria.

PEDRO. (Enardecido.)
¡No! me verán hazañero
lidiar contra los infieles.

ALBURQ. (Entusiasmado.)
¡Gran soberano, asi os quiero!

PEDRO. (Apasionado.)
¡Su amor, su amor lo primero!
despues ganaré laureles.

ALBURQ. (Con ardimiento.)
Ahora ¡huid de la Padilla!
teneis espíritu grande;
ahora ¡y léjos de Castilla
hareis que toda gavilla
de alárabes se desbande!
Hueste de sumo poder
aquí he logrado traer,
y vos la vais á regir...
¡Volad, señor, á vencer!...
¡yo me quedaré á morir!

PEDRO. ¡Imposible! Sin la dama,
que mis potencias inflama
con su belleza florida,
ni me interesa la vida,
ni me seduce la fama.

ALBURQ. Tal ceguedad me dá miedo.

PEDRO. Por arrojarme á sus piés
hasta mi corona cedo.

ALBURQ. (Espantado.)
¡Jesús!

PEDRO. (Brioso.) Me sobra denuedo
para ganarla despues.

ALBURQ. (Como inspirado.)
¡Mala senda llevais, mala!
sereis torrente que inunda,
no manantial que regala;
huracan sereis que tala,
no céfiro que fecunda.
Reinareis inficionando
cuanto miren vuestros ojos;
limpias honras mancillando,

y víctimas inmolando
por saciar vuestros antojos.
Adonde fuereis, de juro
de sangre dejareis huellas.

PEDRO. (En tono despreciativo.)
Nadie sabe lo futuro,
segun vos decís.

ALBURQ. (Con acento imponente.)
Auguro,
mas no por cara de estrellas.
Perdido en fragosidades,
vivireis de crueldades,
y os odiarán Dios y el mundo...
Penetra muchas verdades
la mente de un moribundo.

PEDRO. Ya veis que os oigo sereno.

ALBURQ. ¡Señor!

PEDRO. De todo prescindo,
si me cobija su seno.

ALBURQ. Pues yo, señor, no me rindo
porque os exhorto á lo bueno.
A doña Blanca llamad,
y á la Padilla dejad
por fin, como abandonasteis
á la infeliz que engañasteis
en Cuéllar.

PEDRO. ¡Callad, callad!

ESCENA XI.

DON PEDRO, ALBURQUERQUE, MOZO 1.°

MOZO 1.° (Azorado.)
Escuchadme.

ALBURQ. ¿Qué te acosa?

MOZO 1.° Don Enrique...

ALBURQ. Dí ¿qué esperas?

MOZO 1.° Mover desórdenes osa,
y con gente sediciosa
tomando está las barreras.
De infames habla y traidores
la turba que le acompaña,

y el conde grita—«¡Señores,
de los dos embajadores
uno es el rey!»...

PEDRO. No se engaña.

MOZO 1.º —«¡Castiguemos el insulto,
añade, nos atropella!»

ALBURQ. (Zozobroso.)
¡Oid cuál ruge el tumulto!
(Desde este instante no cesa de oirse el vocerío, aproximándose gradualmente.)

PEDRO. ¿Y qué?

ALBURQ. Por lugar oculto
vos saldreis libre.

PEDRO. (Asombrado.) ¿Sin ella?

ALBURQ. (Con afan al Mozo.)
¡Guíale pronto!

PEDRO. Decido
no marcharme. (Se sienta.)

ALBURQ. ¡Por Dios santo!
¡Con lágrimas os lo pido,
y sois el primer nacido
ante quien brota mi llanto!
¡Huid, huid, os lo ruego!

PEDRO. (Resueltamente.)
Con la que enciende la llama
de mi pasion, ó me entrego
al tumulto.

ALBURQ. (Muy agitado.) ¡Cerca brama!

PEDRO. ¿Lo oís?

ALBURQ. (Con la mayor ansiedad.)
¡Frai Diego! Frai Diego!
(Llamando al religioso, se entra por el torreon de la izquierda.)

ESCENA XII.

D. PEDRO, MOZO 1.º, AYALA, RUI DIAZ.

PEDRO. Ni magnate, ni villano
á mi querer pone coto.

AYALA. (Saliendo presuroso con Rui Diaz por el torreon de la derecha.)

¿Peligra mi soberano?
RUI D. ¿Mas, quién mueve ese alboroto?
PEDRO. ¿Quién? Don Enrique, mi hermano.

ESCENA XIII.

DON PEDRO, MOZO 1.°, AYALA, RUI DIAZ, FRAI DIEGO, LA PADILLA, ALBURQUERQUE.

F. DIEGO. (Resguardando á la Padilla, dice con acento solemne.)
Rey don Pedro, ved, se ampara
de la religion.
PEDRO. (Apasionado.) ¡Luz mia!
LA PAD. (Fervorosa.)
Ya soy de Dios.
PEDRO. ¡Prenda cara!
LA PAD. (Llena de espanto.)
¡Huid de mí!
PEDRO. ¡Ven, María!
F. DIEGO. ¿La arrebatareis del ara?
PEDRO. (Fuera de sí.)
¡Cuanto estorbe lo que anhelo
roto saltará en pedazos!
F. DIEGO. (Espantado.)
¡Sacrílego!
PEDRO. ¡Ven, y vuelo!
ALBURQ. (Aterrado.)
¡Que llegan!
LA PAD. (Desconsolada.) ¡Valedme, cielo!
PEDRO. (Apoderándose de la Padilla.)
¿Quién la arranca de mis brazos?
ALBURQ. (Al mozo, con despecho.)
¡Guíale! (Á la Padilla fervoroso.)
De quien es fuerte
el galardon adivinas
LA PAD. (Enérgica.)
Resistiré hasta la muerte.
ALBURQ. (Á Don Pedro en tono imponente.)
No vencereis, os lo advierte
mi voz. (Abatido á Frai Diego.)
¡Ya veis... más espinas!

(Se entra con el religioso por el torreon de la izquierda; por el de la derecha se habrán ido el rey, llevándose á la Padilla, y Ayala, guiados por el Mozo 1.º: se habrá ido oyendo cada vez más de cerca á los sediciosos, que aparecen por las dos escaleras, capitaneándolos D. Enrique, y mezclados con los que pugnan por contenerlos.)

ESCENA XIV.

RUI DIAZ, DON ENRIQUE, HOMBRES DE ARMAS, dos ALFÉRECES, uno con el pendon de Alburquerque y otro con el de Don Enrique.

UNOS. ¡Viva!
OTROS. ¡Muera!
ENRIQUE. (Violento.) Mi designio
se logra. ¿Dónde está el rey?
RUI D. Aquí nó.
ENRIQUE. Don Juan Alfonso
le tiene al lado.
RUI D. No á fé.
ENRIQUE. Mal encubre la celada
lo vano de su altivez
á los ojos penetrantes
de quien le aborrece.
RUI D. Pues
aquí no está, lo repito.
ENRIQUE. Rui Diaz, le encontraré.
(Á los tumultuados.)
¡Escudriñémoslo todo,
y pongamos de una vez
fin á las contemplaciones
insensatas! ¡Entended
al cabo que se nos vende
como corderos!
RUI D. (Con extrañeza.) ¿Por quién?
ENRIQUE. Por vuestro señor amado.
RUI D. (Resentido.)
Jamás le vieron infiel
las gentes á lo que jura.
ENRIQUE. (Con aire despreciativo.)
¡Siempre sus manos lameis

como regalado perro!

RUI D. (Con dignidad.)
¡Ya quisierais digno ser
de besar con vuestros lábios
en donde pone sus piés!
A sustentarlo me obligo.

ENRIQUE. ¡Insolente!

ALFÉREZ. Dice bien

UNOS. (Los ménos.)
No.

OTRO. (Los más.) Sí.

RUI D. ¡Buscad en Castilla
otro varon de mas prez!

ENRIQUE. (Á los sediciosos.)
¡Invadamos su morada!

RUI D. (Poniéndosele delante.)
Mi cadáver pisareis
antes que sufra ese insulto
su veneranda vejez.
¡Vosotros, los que por bueno
le tengais, conmigo sed!
(Se pasan al lado de Rui Diaz casi todos.)

MUCHAS VOCES. ¡Sí, sí!

ALFÉREZ. ¡Nó son en su contra
ni cinco de cada cien!
(Formando cuadro han de quedar de modo que no cubran la puerta del torreon de la izquierda.)

ESCENA XV.

DON ENRIQUE, RUI DIAZ, los dos ALFÉRECES, HOMBRES DE ARMAS, ALBURQUERQUE, FRAI DIEGO, DOS PAJES.

Para sostenerse Alburquerque se tiene que apoyar en el hombro de Frai Diego: ya trae calzadas las espuelas; uno de los pajes sale ajustándole la cota de malla; el otro aparece trayendo la capellina: en toda esta escena se ha de ver á Alburquerque luchar á fuerza de espíritu con la muerte hasta el último extremo, excitando la admiracion de todos, sin excluir á D. Enrique.

ALBURQ. (Vigoroso.)
¡Pronto, vestidme la malla!

¡Esos clarines tocad!
¡Vamos! ¡vamos! ¡Ensillad
mi caballo de batalla!
Lo padecerá el decoro,
si retardamos la empresa;
¡valientes! nos interesa
triunfar. ¡Volemos á Toro!

ENRIQUE. ¿Para qué? No penseis ya
alucinarnos así;
al rey tenemos aquí.

ALBURQ. (Con aire de satisfaccion y señalando á la derecha por encima del muro.)
¡Miradle por donde vá!

ENRIQUE. ¡Le salvasteis! ¡Oh coraje!

ALBURQ. (Con naturalidad.)
Peligrando mi señor,
nada juzgué superior
á la ley del vasallaje,

ENRIQUE. Con su dama vá.

ALBURQ. Sin ella
nunca se alejára.

F. DIEGO. Nó;
de mis brazos la arrancó.

ENRIQUE. (A los sediciosos.)
¡Ya veis, todo lo atropella!

F. DIEGO. Segura está la victoria.

ALBURQ. Yo tengo limpios blasones,
y no han de empañar traiciones
el brillo de nuestra gloria.
Del soberano la vida
he salvado, y lo sentís...
no me sorprende... nutrís
conatos de fratricida...
¡Presentimiento fatal
me asalta!... ¡Siniestra luz!...
¡Verbo Santo!... ¡Por tu cruz!...
¡Líbrale de ese puñal!...
(Señalando al de D. Enrique: Alburquerque se desmaya: se supone que la lucidez portentosa de la agonia le representa instantáneamente el trágico fin del rey D. Pedro.)

F. DIEGO. (Llamándole.)

¡Don Juan Alfonso!
ENRIQUE. Delira.
RUI D. Otra vez se desvanece
F. DIEGO. ¡Jesús cómo palidece!
RUI D. Tiembla.
F. DIEGO. Y apenas respira.
RUI D. Sus manos heladas toco.
F. DIEGO. Frio sudor se derrama
de su frente.
ALBURQ. (Volviendo en sí.)
¿Quién me llama?
Tenedme... yá falta poco...
RUI D. Al bien os conduce Cristo,
perseverad.
ALBURQ. Persevero...
Vamos... vamos... ¡Ay... yo muero!
RUI D. (Transido de pena.)
¡Señor!
ALBURQ. Pero no desisto.
RUI D. (A D. Enrique.)
¿Oís?
ENRIQUE. Su teson me asombra.
ALBURQ. (Haciendo un esfuerzo supremo: la última llamarada de una luz que se extingue dá cabal idea del acento y de la actitud de este personaje.)
Nada mi pérdida tuerza,
nada; la union es la fuerza,
y os amparará mi sombra.
¡Vasallos! Mi voz lo manda.
¡En los hombros llevareis
mi ataud! ¡No me enterreis
mientras dure esta demanda!
Rui Diaz, por mí hablarás
siempre que hubiere consejo...
Sanas lecciones os dejo...
no las olvideis jamás...
Siempre grabadas estén
y vivas dentro del alma...
La culpa roba la calma...
al bien se vá por el bien...
¡Adelante, y no haya lid!
F. DIEGO. ¡Me edifica su entereza!

ALBURQ. ¡Sostenedme!... ¡La cabeza!
RUI D. (Desconsolado.)
¡Gemid conmigo, gemid!
ALBURQ. ¡Dejad el inútil lloro!...
¡Ceñidme la capellina!...
¡Dios mio!... (Dando un paso)
¡La última espina!...
¡Va... mos... á... To... ro...
(Muere en brazos de Frai Diego.)
RUI D. ¡Sí!
TODOS. ¡A Toro!
(Suenan los clarines, y al caer el telon se nota el movimiento de marcha, adelantándose cuatro caballeros á coger en sus brazos el cadáver de Alburquerque.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

Atrio del convento de Santo Domingo de la ciudad de Toro: columnas á uno y otro lado: de frente la fachada principal del edificio y la puerta con escalinata.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, DOÑA ISABEL DE MENESES, AYALA.

MARIA. Yá lo veis, yá lo veis; tarde ó temprano
todo lo vence el ánimo constante;
tras camino fragoso, fértil llano
se divisa, y el alba rutilante
su verdura sin límites colora.
Feliz el pueblo, en ademan triunfante
saludará á su rey: la destructora
discordia cede, y sobre el seno blando
nos recibe la paz, y alegre brilla
hoy la ciudad de Toro, interpretando
cuanto siente la próspera Castilla.
ISABEL. ¡Ay de mí!
MARIA. ¡Vos llorais!
ISABEL. La fresca llaga
del corazon herido se gangrena.
MARIA. Nada hay durable, ni la suerte aciaga.
ISABEL. ¡Solo al morir acabará mi pena!

¿cómo no he de exhalar voz de gemido?
Muerto mi esposo, terminó mi gloria:
ni ofensas guardo, ni consuelos pido;
mas tampoco sepulto su memoria
bajo el frígido mármol del olvido.

AYALA. ¿Quién ha de sepultarla? de terneza
conservais el recuerdo prepotente;
nosotros encomiamos su grandeza,
sus rectas miras, su teson ardiente,
su popularidad, su fé cristiana.

MARIA. ¡Valió por muchos vuestro digno esposo!

ISABEL. ¡Le celebrais, y el llanto lastimoso
más abundante de mis ojos mana!
Desde que le perdí, golfo desierto
surcando voy con mi dolor activo,
y la tumba será mi solo puerto.

AYALA. El verde lauro que ciñó de vivo,
aún más pomposo le corona muerto:
su autoridad subsiste poderosa;
todos acatan su cadáver yerto;
detrás sigue la hueste silenciosa
al anhelado fin, y no reposa,
y evita lides, y mantiene pura
la intencion de Alburquerque, y afanosa
con súplicas no más triunfar procura,
cuando á la vista del monarca llega.

MARIA. Como que justas son no las rechaza;
mas su pasion frenética le ciega
cada vez más, y responder aplaza
al general clamor; y es que se entrega,
por sugestion de pérfidos validos,
á la ruin esperanza, hoy ilusoria,
de arrancar á su reino la victoria,
dividiendo los ánimos unidos.

AYALA. ¡Quimera vana! ¡deleznable intento!
al insigne varon Castilla nombra
cual si aún duràra su pasmoso aliento;
ver imagina su imponente sombra;
oir presume su robusto acento;
su última voluntad es venerada
hasta por don Enrique turbulento,
y nada puede contrastarla.

MARIA. Nada.
ISABEL. Asi el rey de mi esposo no se apiada:
tras de hacerle con saña, que horroriza,
blanco de sus mortíferos enojos,
su recuerdo no más le encoleriza,
y con gusto quemára sus despojos,
y esparciera en los aires su ceniza.
¡Dejad que cieguen de llorar mis ojos
antes que miren tal horror!
MARIA. Altera,
doña Isabel, la pesadumbre fiera
vuestra sana razon. Por el decoro
de Pedro y por su bien, á sus hermanos
y al cuerpo de Alburquerque abrí de Toro
al fin las puertas con mis propias manos.
Dentro están los armados castellanos,
yá sobre sus murallas veis la enseña,
que vuestro esposo levantó pujante,
y presto mi hijo tornará de Ureña,
en donde la Padilla al delirante
y torpe afan con que la hostiga, ruda
constancia opone.
AYALA. Tocará desnuda
el soberano la verdad hermosa,
y léjos de pisar derrumbaderos,
no verá sino plácidos senderos,
honrando fiel á su inocente esposa.
MARIA. A recibirle fueron á porfia
juntos y ufanos los de más valia
en lucido escuadron, y espero ansiosa.
(Suena rumor alegre.)
AYALA. ¡Oid esa algazara deliciosa!
y unánime sonando.
MARIA. ¡Qué alegria!
VOCES. (Dentro.)
¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
MARIA. ¡Dichoso dia!
ISABEL. No lo puedo gozar.
MARIA. ¡Morir quisiera,
si esta felicidad es pasajera!
AYALA. Ya se acerca el monarca.
VOCES. (Ya cercanas.) ¡Viva, viva!

MARIA. ¡Su sólio cubra celestial oliva,
omnipotente Dios, y sus verdores
antídoto serán de mis dolores!

ESCENA II.

DOÑA MARIA, DOÑA ISABEL, AYALA, el rey DON PEDRO, DON ENRIQUE, Ricos hombres, Donceles, Alféreces, Pajes, Escuderos, Hombres de armas.

PEDRO. (Con despecho.)
Madre, ved al leon aherrojado;
yá le teneis sin majestad ni brio;
le visteis fuerte, y os le traen postrado;
vos asi lo anhelasteis.

MARIA. Hijo mio,
verte grande y feliz es el anhelo
que siempre tuve, y si mi voz escuchas,
al fin benigno me lo otorga el cielo.
¡Acaben yá las fratricidas luchas!
no majestad, sino humillante afrenta
hay en hollar con atrevida planta
lo que todo buen príncipe sustenta,
su honra, la de su pueblo, la fé santa,
y todo en fin.

PEDRO. ¡Señora!

MARIA. Nunca olvides
lo que debes cual rey á tu persona;
dá muestras de valor riñendo lides,
y Granada será de tu corona.

ENRIQUE. Te seguiremos todos; yo el primero
siempre á tu lado blandiré mi acero.

PEDRO. Dócil y hasta sumiso te declaras,
y hace poco no más te ví altanero,
y el baldon aguanté de que apresáras
á Hinestrosa y Simuel.

ENRIQUE. Reinos extraños
les han de dar refugio.

PEDRO. Si hubo daños,
solo yo los causé.

MARIA. Nó; sus vilezas;
disculpa tuya son tus pocos años:

ahora que solo á gobernar empiezas,
no andarás de tus pueblos apartado,
de un castillo corriendo á otro castillo;
y si llegas á príncipe afamado,
obra será del ínclito caudillo
don Juan Alfonso de Alburquerque.

PEDRO. ¡Osado
se alzó en mi contra!

MARIA. Te salvó de ruina
y honrarle debes. ¡Por merced divina
se acabó la demanda!

(Ábrese la puerta del templo, y se ven religiosos dominicos, pajes y escuderos; cuatro caballeros depositan en una sepultura abierta en el pavimento el ataud de Alburquerque; solo se ha de ver el paño de oro que lo cubre; Frai Diego Lopez Rivadeneira está á un lado, y Rui Diaz con el pendon de su señor detrás de todos; se puede añadir cuanto dé realce á la fúnebre ceremonia.)

F. DIEGO. (Colocándose delante de todos, y extendiendo la mano derecha hácia la tumba.)
¡En paz reposa!

ISABEL. (Subiendo acongojada á postrarse junto al ataud de Alburquerque.)
¡Y el triunfo no presencias, desdichado!
¡Ay, cómo purgas tu fatal pecado!

PEDRO. (Profundamente conmovido y con gran vehemencia.)
¡Ahora comprendo su alma vigorosa!
¡Pronto, id en busca de mi tierna esposa!
¡Al señor se consagre la Padilla!

MARIA. (Estrechándole con efusion entre sus brazos.)
¡Hijo del corazon!

PEDRO ¡Al fin despierto
para tu gloria y prez, noble Castilla!
¡Don Juan Alfonso, me vencisteis muerto!

MARIA. Siempre te quiso bien.

RUI D. (Bajando con la espada y el pendon de Alburquerque.)
La hora es llegada
de que á cumplir su voluntad me apreste.
¡Señor! A vuestros piés rindo su espada.

PEDRO. (Cogiéndola ardoroso.)

¡Nadie habrá que su empuje contrareste!

RUI D. Y su pendon.

PEDRO. (Asiéndolo con la mano en que tiene la espada.)
¡Lo seguirá mi hueste!

RUI D. (Sin acabarlo de soltar de la mano.)
¡Su afan sentid, y ondeará en Granada!

FIN DEL DRAMA.

Comisionado por Real órden de 5 del corriente para examinar esta obra, no hallo inconveniente alguno en que se autorice su representacion.

Madrid 14 *de febrero de* 1859.

LUIS FERNANDEZ GUERRA Y ORBE.

ERRATAS.

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
4	27	y el huracan la agita.	y el huracan la agita,
		Y asolador torrente la arrebata...	y asolador torrente la arrebata..
8	21	Porque deslumbra mi fama,	Porque deslumbre mi fama,
25	41	Junto à vos sabrán de esfuerzos	Junto á vos sabrán de esfuerzo
31	29	Anhela sacar bienes,	Anhelaba sacar bienes,
47	2	Frai Diego.	Rui Diaz.
59	10	corriese	corriere

l inclusero.

honra.

nda.

rco.
ápoles.

Dios.
omeo.

ones del vicio.
a.
copa de oro.
 llamo, ó carbonero
.
 de la niña.
a vengadora.

de la casa.
s de mármol.
l Rey poeta.
nias, ó cada loco con

Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La duquesa de Iprest, ó Genoveva de Brabante.
La duquesa, ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre.
Las travesuras de Chalamel.
Los espósitos del Puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo.
La casa del diablo.
Las aves de paso.
La fuerza contra la ley.
La senda de espinas.

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.
Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda.

Oráculos de Talla, ó los duendes de palacio.

Protector y protegido.

Quebrantos de amor.
Quemar las naves.

Represalias.

Secretos del destino.

Tambien en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del dia.
Un corazon de mujer.
Uno de tantos.
Un dia de baños.
Un hijo natural.

Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

un acto.

r Valladolid.
 este caballero.
ora.

rita y alcohool.
oltero.

tos de reinado.
ndo. *(La música.)*

 el almuerzo.
e. *(La música.)*
a del archiduque.
ulo.
 Chamberi.

 Dios qué está puesta

nuerte. *(La música.)*
ebre.

.
 de Juanita.
del Rey. *(La música.)*
egos.
a.

La flor de la serrania.
La tierra de Maria Zantízima.
Pablito.

Un caballero particular.

En dos actos.

Bruschino.

El postillon de la Rioja.

La cola del diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. *(La música.)*

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Azon Visconti. *(La música.)*
Amor y misterio.
Amar sin conocer.

Béltran el aventurero. *(La música.)*

Cárlos Broschi.
Catalina.
Campanone.

El sueño de una noche de verano.
El dominó azul. *(La música.)*
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.
El planeta Venus. *(La música.)*
El Juramento.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. *(La música.)*
La caceria real. *(La música.)*
La Pasion. (drama sacro-lírico.)
Los comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Alicante.	Ibarra.	*Motril.*	Ballesteros.
Almeria.	Alvarez.	*Mahon.*	Vinent.
Albacete.	Perez.	*Mérida.*	Diaz.
Avila.	Garcés.	*Martos.*	Garcia.
Algeciras.	Joarizti.	*Oviedo.*	Pruneda y Mantai
Alcoy.	Frances.	*Orense.*	Robles.
Aranjuez.	Prado.	*Ocaña.*	Calvillo.
Almaden.	Quiroga.	*Osuna.*	Montero.
Avilés.	Sanchez del Rio.	*Orihuela.*	Berruezo
Barcelona.	Mayol.	*Pamplona.*	Rios y Barrena.
Búrgos.	Hervias.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Bilbao.	Astuy.	*Palma de Mallorca.*	Gelabert.
Badajoz.	Carpizo.	*Pontevedra.*	Aspa.
Bejar.	Bueno é hijo.	*Puerto de Sta. Maria.*	Cobantes.
Baza.	Fernandez.	*Puerto-Rico (Mayagües).*	Maestre y Tomás.
Baeza.	Segura.	*Reus.*	Prius.
Borja.	Cadenas.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cádiz.	A. de Cárlos.	*Rivadeo.*	Torres.
Castellon.	Perales.	*Rioseco.*	Pradanos.
Córdoba.	Lozano.	*Salamanca.*	Huebra.
Coruña.	Lago.	*Santander.*	Basañez.
Cáceres.	Valiente.	*San Sebastian.*	Garralda.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Cuenca.	Marlana.	*Sevilla.*	Alvarez Aranda.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Segovia.*	Rebilla.
Chiclana.	Julian.	*Soria.*	Perlado.
Ceuta.	Ibañez.	*Santiago.*	Escribano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	*San Fernando.*	Tellez de Meneses.
Carmona.	Perez.	*Sanlúcar de Barrameda.*	Esper.
D. Benito.	Sanchez Barroso.	*S. Ildefonso (Granja).*	Alderete.
Ecija.	Garcia.	*S. Lorenzo (Escorial).*	Juan José Rodrig
Ferrol.	Tajonera.	*San Martin de Valdeiglesias.*	Cisneros.
Figueras.	Delhom.	*Segorve.*	Mateo.
Granada.	Zamora.	*Tarragona.*	Pujol.
Gerona.	Dorca.	*Teruel.*	Baquedano.
Guadalajara.	Oñana.	*Toledo.*	Hernandez.
Gijon.	Crespo y Cruz.	*Talavera de la Reina.*	Sanchez de Castro
Guadix.	Tornez.	*Toro.*	Tejedor.
Habana.	Charlain y Fernandez.	*Tuy.*	Cruz.
Huelva.	Osorno é hijo.	*Trujillo.*	Bravo.
Huesca.	Guillen.	*Torrevieja.*	Vela.
Huescar.	Ruiz.	*Tudela.*	Izalzu.
Haro.	Quintana.	*Tolosa.*	La Lama.
Jaen.	Hidalgo.	*Tarazona.*	Veraton.
Jerez de la Frontera.	Alvarez Aranda.	*Valencia.*	Moles.
Leon.	Viuda é hijos de Miñon.	*Valladolid.*	Hernainz.
Lérida.	Blasco.	*Vitoria.*	Galindo.
Lugo.	Viuda Pujol y Hermano.	*Vinaroz.*	Ramirez Poy.
Logroño.	Verdejo.	*Villanueva y Geltrú.*	Creus.
Lorca.	Gomez.	*Vigo.*	Fernandez Dios.
Loja.	Cano.	*Ubeda.*	Bengoa.
Linares.	Carrasco.	*Zaragoza.*	V. de Heredia.
Lucena.	Cabezas.	*Zamora.*	Calamita.
Llerena.	Guerrero.	*Zara.*	Oguet.
Málaga.	Cañavatte.		
Murcia.	Hs. de Andrion.		
Mataró.	Abadal.		
Manzanares.	Peñuelas.		

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cu
principal.